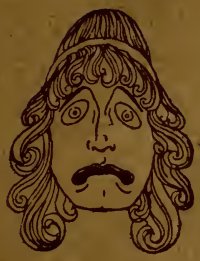
571

ALBERTO INSÚA
A. HERNÁNDEZ CATÁ

EL AMOR TARDÍO



DRAMA ROMÁNTICO EN TRES ACTOS

RENACIMIENTO

11

EL AMOR TARDÍO

ALBERTO INSÚA
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

EL AMOR TARDÍO

DRAMA ROMÁNTICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA, de Madrid, la noche del 12 de Abril de 1915.

RENACIMIENTO
MADRID — SAN MARCOS, 42
BUENOS AIRES — LIBERTAD, 172
1915

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1915, by Alberto Insúa and Alfonso Hernández Catá.

IMPRENTA DE JUAN PUEYO.—MESONERO ROMANOS, 34, MADRID

Á

MARGARITA XIRGU

Y Á

RICARDO PUGA

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elamortardodrama26811insa

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISOLINA 20 años.....	MARGARITA XIRGU.
REMEDIOS 46 años.....	JULIA SALA.
SOCORRO 42 años.....	CONCEPCIÓN ESTER.
CAMILITA 16 años.....	JOSEFINA SANTAULARIA.
JUAN ANTONIO 59 años.....	RICARDO PUGA.
FRANCISCO 50 años.....	FRANCISCO BARRAYCOA.
PEDRO 19 años.....	JOSÉ RIVERO.
CAMILO 48 años.....	PEDRO CABRÉ.
JUAN 39 años.....	JOSÉ LUCIO.

Las edades indicadas son las que tienen los personajes al comenzar la acción, que se desarrolla en España, en nuestros días.

Las indicaciones de lugar corresponden á los lados de los actores.

ACTO PRIMERO

En casa de don Juan Antonio Paz, en Villanoa del Miño, á fines de Agosto, por la tarde.

Un comedor grande, con muebles claros, y una galería de cristales sobre un jardín, al fondo. Puertas á los lados. El comedor debe dar idea del carácter del dueño: Don Juan Antonio Paz es hombre rico, sabio y de gustos sencillos.

En uno de los extremos del comedor habrá un pequeño «bureau».

JUAN ANTONIO lee un periódico; se ve que está nervioso. REMEDIOS, algo desazonada también, hace como que tragina en el comedor.

REMEDIOS

Ahora sería el momento, Juan Antonio. Tu hermano Francisco acaba de marcharse al casino... A estas horas no viene nadie de casa de Socorro... ¿Quieres que llame á la rapaza?

JUAN ANTONIO

Bueno... Es decir, espera.

REMEDIOS

¿Para qué?... ¿Tienes miedo todavía?

JUAN ANTONIO

Miedo no, pero escrúpulos, sí... Unos escrúpulos tremendos... ¿Tú qué quieres?

REMEDIOS

Si yo que soy la madre de Isolina lo consiento...

JUAN ANTONIO

Sí, claro... Pero ella, ¿tú crees que ella? Vaya, hablemos francamente: ¿Tú crees que podrá llegar á quererme?

REMEDIOS

Te quiere ya.

JUAN ANTONIO

Una cosa es el tío Juan Antonio, el tío rico que la ha mimado y protegido siempre, y otra cosa es el marido viejo. Tú quieres la boda; ya se ve... Tú misma has fomentado la pasión que ahora siento

por tu hija, ¡pobre de mí!, de un modo irresistible .. Y lo has hecho por interés.

REMEDIOS

¿Por interés?

JUAN ANTONIO

Sí, prima Remedios; por un interés muy excusable... Sueñas en ver á tu hija en una posición brillante, rica: la mujer más rica del pueblo... Toda tu vida no has tenido otra preocupación que esa hija.

REMEDIOS

Es verdad. Veinte años tiene... El tiempo que hace que no veo á su padre, que ni se acordará de mí... Al verme abandonada y deshonrada, no encontré más consuelo que esa hija ni más protección que la tuya. Sólo tú, de toda la familia, no me has despreciado. Tú no sabes lo que he sufrido en este pueblo, donde mi hija y yo parecíamos dos leprosas. Todo porque no quise casarme y dar un padre falso á mi Isolina... Se paga caro el tener orgullo y voluntad en estos pueblos ..

JUAN ANTONIO

Siempre fuiste templada, prima Remedios. Esa independencia de tu carácter me sedujo siempre.

REMEDIOS

Así pude resistir hasta que tú viniste. Ayer hace tres años que llegaste á Villanoa,—los mismos que llevo yo respirando... Me importa poco que tu hermano Francisco me odie, que tu hermana Socorro apenas se digne mirarme, que tu cuñado Camilo, ese hipocritón, me esté deseando la muerte mientras me sonríe con su risita de conejo... Yo sé que tú me quieres, y tú eres todo para mí... Figúrate si me gustará que te cases con la rapaza: figúrate si la tendré convencida... Yo no veo tus canas... Arrugas apenas tienes, y no son de viejo, sino de sabio... Mi hija será feliz contigo, será rica, y todos los que la despreciaron vendrán á adularla.

JUAN ANTONIO

¿Tú crees que mi dinero la hará feliz?

REMEDIOS

Tu dinero y tú. ¿No tendrá á orgullo el ser tu mujer?... ¿Cómo pudo soñar?

JUAN ANTONIO

Ella tiene veinte años y yo cincuenta y nueve...;

pon sesenta. Puedo ser su abuelo... Es una locura, Remedios... No, no podrá quererme, no es posible.

REMEDIOS

Quererte ya te quiere... La muchacha es buena y cumplirá su deber.

JUAN ANTONIO

¡Qué tristeza! Tus consejos y los de nuestro párroco serán mis defensores cada vez que ella flaquee en lo que tú llamas deber... Su corazón no le dirá nada; no tendrá una sola voz para mí... Sentimientos inferiores, como el de la vanidad, el del lujo, el de la envidia causada por su riqueza, la acercarán á mí; pero el amor sencillo, sin mancha y sin escoria... ése no podrá ella sentirlo... Sesenta años... Veinte años... Vejez y juventud... No es posible, no... Renuncio.

REMEDIOS

Acercándose á una de las puertas con decisión súbita:

¡Isolina!

Isolina aparece inmediatamente.

ISOLINA

Madre...

REMEDIOS

El tío quiere hablarte...

Casi al oído al mismo tiempo que sale:

Anda... Dile que le quieres...

ISOLINA

Tío, tiíño... ¿Qué me quería usted?

JUAN ANTONIO

Hija mía... Tu madre no ha hecho bien en llamarte... No me atreveré á decirte nunca...

ISOLINA

¿Por qué?... Todo lo que usted me diga me parecerá bien... Nada me gusta tanto como obedecerle...

Acercándose á él, mimosamente:

Quiero ver al tío bueno y guapiño, muy contento... Al principio era más cariñoso conmigo El primer año íbamos juntos á la huerta. ¿Se acuerda el día que trepé á un árbol como un rapaz? Me iba á caer y usted me sostuvo con sus brazos...

JUAN ANTONIO

Tomándole la mano.

¡Isolina!...

ISOLINA

¿Y aquel día que nos sorprendió la lluvia en la era y volvimos á casa en el carrito de Perucho Dacosta?... Usted tuvo que cubrirme con la esclavina de su impermeable.

JUAN ANTONIO

Tomándole ambas manos.

¡Isolina!...

ISOLINA

Pero el año pasado ya íbamos menos á la huerta... Empezó usted á ocuparse de negocios, como si tuviera poco con sus inventos; á hacer vino, á montar la granja... Ya trabajó bastante en Madrid curando enfermos y estando á punto tantas veces de morir para curarlos mejor... Y este año no hemos ido á la huerta ni una sola vez; ya parece que olvidó el tío Juan Antonio á la sobrina... ¿Le doy miedo?... ¿Es que no soy la misma de antes?

JUAN ANTONIO

Balbuciente.

Has dejado de ser una niña... En tres años te has hecho una mujer.

ISOLINA

Coqueta.

Yo no lo noto; yo me veo la misma en el espejo... Pero ya me dijo igual hace un mes, en las fiestas, cuando estrené el traje que me encargó usted á Madrid... Y he pensado mucho... ¿Ya no me quiere? Ojalá no hubiera dejado de ser nunca la rapaza que iba á la huerta y trepaba á los árboles, y así...

JUAN ANTONIO

Isolina, hija mía... me enloqueces... Vete... Mujer... Te adoro, te quiero. Es una vergüenza...

La ha abrazado, y quiere besarla, pero ella, hábil, sin violencia, se lo impide.

Sea lo que Dios quiera... Es más fuerte que yo... ¿Quieres casarte conmigo?... ¿Quieres casarte con un viejo?

ISOLINA

Viejo, dice... No lo cambiaba por el más galán de la provincia... Viejo dice, y es un santo para mí.

JUAN ANTONIO

Yendo hacia ella tembloroso.

Entonces, ¿quieres?

ISOLINA

Al mismo tiempo que hace con la cabeza signos afirmativos, se echa á llorar y va corriendo hacia la puerta á llamar á su madre.

¡Madre!... ¡Madre!

En la puerta tropieza con FRANCISCO, que entra.

¡Ah!...

FRANCISCO

¡Si estorbamos, nos vamos!, como dijo el otro.

JUAN ANTONIO

¡Ah! ¿Eres tú?

FRANCISCO

Ya lo ves, hermano.

JUAN ANTONIO

Turbado aún.

¿Buen tiempo?

FRANCISCO

Fuera, sí.

JUAN ANTONIO

Dentro, por lo visto...

FRANCISCO

Corren aires de fronda, sí, señor. Remedios sopla como el huracán; á la bella Isolina la acabo de ver estremecida como una palmera... Y tú mismo, roble patriarcal, tiemblas en este instante...

JUAN ANTONIO

¿Y todas esas metáforas, significan?...

FRANCISCO

Que acabas de proceder como un chiquillo.

JUAN ANTONIO

¿Escuchabas detrás de la puerta?...

FRANCISCO

No; hace cerca de dos años que observo, que hago conjeturas y suposiciones. Hoy se ha jugado, ¿verdad?

JUAN ANTONIO

Habla claro.

FRANCISCO

¿Hoy ha hecho crisis tu dolencia amorosa?

JUAN ANTONIO

Sí; Isolina y yo acabamos de decir que nos casamos.

FRANCISCO

Está muy bien. Tú mandas; eres dueño y señor de tus actos.

JUAN ANTONIO

Ya me figuro lo que vas á decirme... Y lo peor es que estamos de acuerdo.

FRANCISCO

¿Entonces?...

JUAN ANTONIO

El mismo tiempo que llevas tú observando, llevo yo resistiendo á esta pasión senil. Todas las reflexiones que tú, Socorro y Camilo, podais hacerme, me las he hecho yo mismo durante largos meses... Me pasa una cosa muy triste y muy sencilla: estoy enamorado. Es un amor tardío y presumo que no dará sino frutos de dolor. . ¡Qué importa! Me encuentro ridículo, sensual... Parece que soy todavía un hombre, lo que se dice un hombre... ¿Comprendes? Estoy sano, fuerte; mi afección cardíaca, que no era sino exceso de trabajo y acaso melancolía de la vida solitaria, ha desaparecido. Ves.. Mírame... ¿Me encuentras tan viejo?

FRANCISCO

No, no... Pero ella tiene veinte años.

JUAN ANTONIO

¿Y tú crees?...

FRANCISCO

Que hay cosas que no casan, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Es verdad.

FRANCISCO

¿Por qué no viajas? Cuando yo volví la primera vez de América, estuve sucesivamente enamorado de todas las muchachas del pueblo. En cuanto frecuentaba una casa, ya se sabía... No hay como ver una mujer á todas horas, para creer que se tiene por ella una de esas pasiones... La fuerza de la costumbre. . Eso se cura con el cambio: á las tres horas de tren ya empieza á desdibujarse nuestra Dulcinea. Y si se cruza el charco se esfuma por completo.

JUAN ANTONIO

Todo eso es ingenioso y hasta posible; pero se dan casos .. Yo te digo que no puedo resistir más... ¿Quieres que viaje? Iré á Inglaterra y me moriré solo en un hotel, de tedio y de tristeza... Ya estaba yo hecho á esta nueva vida, á este reposo tan bien ganado.

FRANCISCO

Bueno, pues no viajes. Pero caramba, tú que eres tan buen médico, ¿no podrías curarte de esta... erupción? A la vejez viruelas... Yo no querría decirte ciertas cosas, pero, ¿á qué mentir? Toda la culpa es de Remedios.

JUAN ANTONIO

No seas injusto. Vosotros no la queréis bien.

FRANCISCO

Nosotros, los del pueblo, la hemos visto toda la vida y la conocemos mejor que tú. Remedios es una mujer fría y calculadora. Después de su mal paso, no ha dado ningún otro que no fuera en firme.

JUAN ANTONIO

Eso se llama talento.

FRANCISCO

Gramática parda ó cazurrería le llamo yo Y esa boda, que parece inminente, de su hija contigo, es el resultado de su política de aldea. Ella te puso la muchacha hasta en la sopa; te la trajo poco después de los quince, te la vistió con la ropa de los domingos, y... si tú hubieras querido te la habría desvestido también.

JUAN ANTONIO

¡Francisco! No digas indignidades.

FRANCISCO

Perdona. Ello es que te tragaste el anzuelo. Yo bien veía los manejos de Remedios; pero, vamos, esperaba de tu sensatez...

JUAN ANTONIO

Hombre...

FRANCISCO

Socorro ya te dijo algo; yo no te digo que nuestra hermana carezca de motivos para alarmarse con más razón que yo. Esperaba que sus hijos... tus sobrinos...

JUAN ANTONIO

Fuesen mis herederos, ya...

FRANCISCO

Eso es. Después de todo era una esperanza bien natural. Pero bueno, á lo que voy: si Socorro puede tener algún móvil interesado para ver con malos ojos tu matrimonio á estas alturas, yo, que no tengo hijos...—porque esos que me achacan ve tú á saber...—, yo, que si es verdad que no tengo oficio ni beneficio, lo es también que soy frugal como Don Quijote, ¿á qué iba á ponerme ahora con maquiavelismos de baja especie?... Por nada del mundo... Yo no he querido hablar hasta que he visto la postura sobre el tapete... Te habla un jugador... Juan Antonio, retira la postura, que aún es hora.

JUAN ANTONIO

Hablemos francamente. Pongamos á un lado el amor. Yo no puedo inspirar á Isolina sino respeto, todo lo más. ¿Tu crees ..—es difícil de decir—; tu crees que se conformará á la vida... amorosa que yo puedo darle?

FRANCISCO

No te comprendo bien.

JUAN ANTONIO

¿Es una mujer coqueta?

FRANCISCO

Yo creo que no.

JUAN ANTONIO

¿Soñadora?

FRANCISCO

Acaso, acaso.

JUAN ANTONIO

He pensado mucho en esto, no creas... He estudiado á Isolina como médico, como psicólogo, y he hecho mi composición de lugar.

FRANCISCO

A ver.

JUAN ANTONIO

Tiene un temperamento sanguíneo, sano, fuerte; no se observa nada morboso en ella; apenas ha leído; es creyente; es púdica sin gazmoñería; está constituída para la fidelidad; el ambiente en que vive no es propicio al pecado...

FRANCISCO

Entonces... á casarse tocan. ¿Qué voy á decirte yo, aventurero desventurado, especie de judío errante de la familia, que enmiende la hermosa plana que acabas de escribir? Tú eres el sabio y el discreto; tú viviste célibe en Madrid treinta y dos años haciendo con la medicina más prodigios que Esculapio, y ganando dinero, lo que se dice dinero, mientras yo en Cuba ó en Filipinas apañaba unos pobres pesos que luego me jugaba en el vapor al volver á España. Ello es que cuando llegaste aquí y te cortaste la coleta—perdóname la expresión, ¡ese casino!—tuve la alegría más grande de mi vida..

JUAN ANTONIO

Lo sé, hombre, lo sé...

FRANCISCO

Tus proyectos de vida horaciana encontraron en mí un convencido. Construímos esta casa, cultivamos esos campos, fundamos esa granja, que es el orgullo de la región, y de aquellas uvas que daban un vino agrio é inconsistente, hemos hecho ese néctar... Tú, además, leías, hacías experimentos y redactabas comunicaciones á la Academia de Medicina que levantaban en Madrid tempestades que nunca llegaban á turbar nuestra vida tranquila... Yo, regenerado, sólo jugaba mi partidita de tresillo en el Casino, ganando siempre... Todo iba viento en popa; y tú y yo, los solterones como nos llaman en el pueblo, nos decíamos á veces: "¡Eh! tú, que somos felices... ¡que nos ha caído del cielo una tercera juventud!"

Enjugándose una lágrima repentina.

Y ahora llega el amor... ¡Tarde y con daño!...

JUAN ANTONIO

Conmovido.

¡Francisco!...

FRANCISCO

Abrazándolo.

Trata de resistir, hermano... Huye... Pero pase lo que pase yo seré el mismo y estaré siempre á tu

lado para quererte, para defenderte... Calla... Alguien viene.

Va á la puerta y desde ella, ya repuesto de la emoción, dice:

Prepárate: es Socorro y sus hijos... ¡y Camilo!... Dios nos coja confesados.

Entran en actitud hostil, que no logran disimular, SOCORRO, CAMILO y sus dos hijos.

CAMILO

Buenas tardes.

JUAN ANTONIO

Muy buenas, Camilo... Hola.

SOCORRO

Venimos un momento nada más...

FRANCISCO

Sentaos... ¿Cómo os habéis atrevido con este calor?...

SOCORRO

Tú qué quieres; Pedro se vuelve mañana á Ma-

drid. Ya sabéis que prepara algunas asignaturas para Septiembre.

CAMILO

Y ahora lleva uno de los huesos de la carrera: el Derecho Canónico.

PEDRO

Estoy seguro de que aprobaré.

CAMILITA

Es que Pedro tiene una memoria prodigiosa... Yo le he tomado todo el programa; y entre los dos lo hemos iluminado.

PEDRO

Parece un hormiguero. Si me lo coge el catedrático, me cuelga.

SOCORRO

¡Niños!...

CAMILO

¿Por qué no os vais á la huerta?...

PEDRO

¿Está allí Isolina?... Sí, vamos.

CAMILITA

Yo prefiero quedarme aquí, con el tío.

JUAN ANTONIO

Quédate, tonta... ¿Quién te lo impide?... Ven acá, que no te he dado un beso, mujer.

CAMILITA, muy coquetuela, acerca su frente á los labios del tío, y después de consultar á su madre con la mirada, pregunta de pronto:

CAMILITA

¿Es verdad, tío Juan Antonio, que vas á casarte con Isolina?

PEDRO

Ruboroso, brusco.

¡Qué ha de ser verdad!... ¿Verdad que no, tío Juan Antonio?

SOCORRO

¡Qué niños más indiscretos, señor!

FRANCISCO

O más bien preparaditos...

CAMILO

Diplomático.

Vamos... Idos al jardín... En seguida.

PEDRO sale de prisa, y CAMILITA lo sigue á regañadientes. Hay una pequeña pausa embarazosa. SOCORRO va á hablar, pero CAMILO la detiene con un gesto prudente; y JUAN ANTONIO dice al fin:

JUAN ANTONIO

La verdad sale de la boca de los niños... Ya lo sabéis.

SOCORRO

Estallando.

Pero no es posible... Es una locura.

CAMILO

Calma, mujer.

SOCORRO

A tu edad, Juan Antonio, te repito que es una locura... Y con una muchacha que no es trigo limpio.

JUAN ANTONIO

Alto ahí. Dices que no es trigo limpio porque no tiene padre ante la ley... No. La limpieza de las personas está más bien en su conducta que en su origen, en lo que depende de ellas y no en la fatalidad que las trajo al mundo. ¿Es ó no es Isolina una muchacha honrada?

SOCORRO

Así parece.

JUAN ANTONIO

Es público y notorio. Ni un noviazgo inocente se le ha conocido.

SOCORRO

No era posible. Te la reservaban... Pero veremos lo que da de sí la niña.

CAMILO

Perdona, mujer... No es eso lo que tienes que decir... No venimos á regañar.

FRANCISCO

Sino á pactar, á transigir... Camilo, buen abogado, prefiere siempre una transacción...

SOCORRO

Calla tú, taravilla... Siempre has de salir por peteneras.

CAMILO

Con risita hipócrita:

¡Este Francisco!... Escucha, Juan Antonio: Sería necio que yo te ocultara que Socorro y yo esperábamos que, á falta de hijos tuyos, fueran los nuestros, los de tus hermanos, tus continuadores...

FRANCISCO

No está mal el eufemismo.

CAMILO

Había en nosotros un interés muy lógico y perfectamente moral. Somos padres y queremos la fortuna para nuestros hijos, por cualquier camino, legal se entiende, por donde pueda venir...

FRANCISCO

Bien, bien...

CAMILO

Tú te casas, bueno... Todavía puedes tener hijos. Aunque no los tengas te casarás, como si lo viera, bajo el régimen de gananciales y además de su legítima viudal, le dejarás á tu mujer el tercio libre... De cualquier modo tu boda es un perjuicio inmenso para nuestros hijos... Pero tú tienes derecho, y puedes, claro está, ejercerlo en el sentido que te parezca... Pongamos que yo no soy padre de presuntos herederos tuyos; pongamos que tú no tuvieras un real, y yo vengo y te digo: Juan Antonio, no te cases; Juan Antonio, de los matrimonios desiguales, con abismos de edad entre los cónyuges, no sale nada bueno.

FRANCISCO

Ni Cicerón... No, en serio, Camilo, yo opino exac-

tamente lo mismo y acabo de decírselo á Juan Antonio.

CAMILO

Ya ves que todos los que te queremos estamos de acuerdo... Nos da miedo, no sólo el ridículo, sino el riesgo que corres con ese matrimonio...

SOCORRO

Y suponiendo que yo piense en tu fortuna, que no lo hago, ¿no soy después de todo tu hermana? A ver si lo ves claro: ¿Qué otra cosa sino el interés, el más desenfrenado interés, hace que Remedios te entregue á su hija?... ¿No te da vergüenza?... Tú no te casas con una mujer, sino que la compras...

JUAN ANTONIO

Socorro... Me destrozas... me matas.

FRANCISCO

Reconviniéndola:

¡Socorro!

SOCORRO

Lo siento... Créeme que lo siento. Te he dicho

la verdad como era mi deber, y me callo. Allá tú... Pero no olvides que vinimos á tiempo en tu ayuda.

JUAN ANTONIO

Está bien.

FRANCISCO

Vamos, Juan Antonio; no hay que afectarse... Socorro te ha hablado un poco bruscamente, ya conoces su genio; pero...

CAMILO

Con la mejor intención; sin ánimo de herirte...

SOCORRO

Es claro, es claro.

JUAN ANTONIO

Tenéis razón... Cuanto acabáis de decirme me lo digo yo hace mucho tiempo... No creáis que me he vuelto loco... Además, os prevengo una cosa.

SOCORRO

¿Qué?...

JUAN ANTONIO

Que yo había pensado en vosotros... Que—no sabéis cómo me duele hablar de estas cosas—, que yo no pensaba, que yo no quería perjudicaros con mi matrimonio. ¿Comprendeis?

FRANCISCO

Sí, sí.

SOCORRO

A medias.

JUAN ANTONIO

Más claro: Que no queriendo que este matrimonio suscitara rencillas y disturbios familiares, había redactado un testamento en el cual no me olvidaba de ninguno.

SOCORRO

No es eso, no es eso.

CAMILO

Déjalo acabar.

JUAN ANTONIO

Sí, es eso, Socorro... Y *eso* no es incompatible

con el cariño. Por lo mismo que soy un poco escéptico puedo tener esta idea tan benévola del corazón humano. Concretando: Yo no quería que vosotros, mis continuadores...

FRANCISCO

Ya, ya...

JUAN ANTONIO

...Tú mismo, Francisco.

FRANCISCO

¿Yo?... ¿A mí con esas cosas? ¿Yo interesado?

JUAN ANTONIO

Tú, sí; y Socorro, y los hijos de Socorro y Camilo.

CAMILO

¡Ah!...

JUAN ANTONIO

Yo no quería que vosotros considerárais á Isolina como una usurpadora. De ese modo seguiría reinando la paz en la familia...

FRANCISCO

Eso, y perdona, mi querido Juan Antonio, es ofendernos... Ofenderme por lo menos.

SOCORRO

No, ofendernos.

CAMILO

Ofendernos, sí...

FRANCISCO

Eso es ofendernos, repito... ¿Crees que una promesa de legado nos cierra la boca?...

CAMILO

Si fuera por interés tampoco un legado nos aplacaría, puesto que una gran parte de tu fortuna pasará á tu esposa...

SOCORRO

Está claro.

FRANCISCO

Yo no entro en esos distingos. Lo que digo, lo

que proclamo, querido Juan Antonio, es esta sola cosa concreta: que la joven que se casa con un viejo no se casa por amor, sino por interés. Esto será todo lo cruel que tú quieras, pero es transparente... Y perdóname, me voy á respirar al jardín. El corazón me da unos saltos...

Va á salir.

JUAN ANTONIO

No; quédate... Quiero deciros una cosa.

FRANCISCO

Está bien. Tu sabes lo que te dije antes.

JUAN ANTONIO

Hay una cosa que todos aprobaríais ó que todos fingiríais no ver. La misma que yo, porque todo mi ser y mis principios me lo impiden, soy incapaz de realizar. Yo podría hacer de Isolina ó de otra muchacha honrada y pobre como Isolina, mi... entretenida.

SOCORRO

¿Quién ha dicho?...

JUAN ANTONIO

Sí, es la ley; es la costumbre al menos. Que un viejo tenga más ó menos líos, que vaya, como una mariposa caduca de flor en flor, eso no os importa, os hace gracia. El viejo rico puede comprar amores y vulnerar ciertos artículos del Código sin que se le pida más que discreción... El viejo rico puede arrastrar su lascivia por todas partes, sin que la sociedad se estremezca. Pero lo que no puede hacer es casarse: entonces es ridículo. No se concibe que el corazón se haya conservado joven en el pecho de un viejo; no se concibe que á los cincuenta y cinco, á los sesenta, á los setenta años si queréis, se pueda amar... Y yo os digo que sí; yo os digo que nunca amé hasta ahora. Mi vida fué un continuo trabajar, un estudiar incesante; no tuve tiempo ni ocasión de enamorarme. Y al llegar aquí enriquecido, sentí un vacío inmenso: me faltaba la embriaguez, el vértigo del trabajo, y esos sentimientos que no habían podido arraigar en mí, encontraron el momento propicio... y se prendieron aquí, de un modo hondo, cruel... Tarde pagaba yo mi tributo al amor, pero lo pagaba... Y el corazón, ¡con qué ansia alimentaba los sentimientos eternos! Tú puedes ser feliz, me decía...

CAMILO

No puede ni debe escucharse siempre el corazón.

JUAN ANTONIO

El corazón domina siempre, Camilo, y ¡ay de aquéllos en quienes sólo la cabeza, como una reina fría y seca, lo dirige todo! Yo obedecí á mi corazón y amé y quise como deben de querer los jóvenes. ¡Pobre de mí! ¿verdad? ¡Pobre doctor Fausto de guardarropía! Si me hubieran dicho cuando era médico famoso, inventor alabado y condecorado á cada paso, que la voluptuosidad más grande de mi vida me esperaba aquí, en mi pueblo, y que iba á proporcionármela una chiquilla insignificante que hablaba casi en dialecto y olía á hierbas del campo, me habría reído.

Exaltándose.

Y ha sido así... Si he sido feliz alguna vez, lo he sido ahora, en todo este tiempo de pasión escondida, de escrúpulos dolorosos, de emociones pueriles y sublimes, de vehemencias y fogosidades de muchacho... Reíos de mí. Esta casa la construí pensando en ella, y esos campos los cultivé y los hice un paraíso porque eran los campos que veían sus ojos... Pasión senil... Sí, verdad... Os obedezco... Os doy la razón. Francisco: tu me acompañarás á Madrid; el doctor Paz puede reanudar cuando quiera sus consultas; tú, Camilo, pondrás en venta la casa, los campos, todo, todo... Y en cuanto á Remedios y á ella...

Desfallecido por el esfuerzo, cae en el sillón sollozando:

¡No puedo más!... ¡No puedo más, Dios mío!

FRANCISCO

Acercándose á él, muy conmovido.

Vamos, Juan Antonio... ¡Qué caramba! Yo no creía que fuera tan hondo... No he dicho nada...

REMEDIOS ha aparecido en la puerta de la izquierda. Hay un momento de silencio difícil después que FRANCISCO dice las anteriores palabras. Al fin, á media voz, SOCORRO dice, dirigiendose á REMEDIOS y mostrándole la figura abatida del doctor PAZ:

SOCORRO

Es tu obra.

REMEDIOS

La vuestra si te parece. Yo ningún mal le he hecho al primo. Que él lo diga. ¿Verdad, Juan Antonio?

El Doctor aprueba con gestos desmayados.

FRANCISCO

Calláos las dos, no es hora de dirimir pleitos.

SOCORRO

Es que no siempre hay ocasión de hacer comprender á Remedios lo mal que ha hecho instalándose aquí con su hija, explotando la debilidad y la despreocupación de mi hermano...

Ante el gesto de REMEDIOS:

Sí, es mi hermano... Lo defiendo.

FRANCISCO

¡También es mi hermano, y digo que calléis!

CAMILO

Calla, mujer.

REMEDIOS

Ahora no lo defiendes, sino que lo matas. Puedes insultarme, me es lo mismo... Te conozco de viejo y no te hago caso. Yo he sido para Juan Antonio más hermana que tú.

SOCORRO

Y ahora querías ser su suegra.

REMEDIOS

Es él quien quiere ser mi hijo.

SOCORRO

¿Y no te da risa?

REMEDIOS

No; á ti es á quien te da rabia.

JUAN ANTONIO

Débilmente.

Basta, por Dios.

FRANCISCO

¡Que calléis, ea!

CAMILO

Vamos, Socorro; yo te ruego...

SOCORRO

Ya me callo: dos palabras no más, para concluir.

A REMEDIOS:

Tú has traído á vender aquí á tu hija; la has cuidado con mimo, como vaca destinada á la feria.

REMEDIOS

Ya te pesarán esas palabras, que te las sopla la envidia... Yo no he hecho nada por esa boda que te escuece tanto; pero, como buena madre, me alegro del bien de mi hija.

Refiriéndose á SOCORRO y á CAMILO.

Ustedes no dudarían en dar á Juan Antonio la mano de Camilita.

CAMILO

Basta ya, señora... Usted se propasa y dice cosas gratuitas, que no se pueden tolerar. Además, todas estas palabras sobran: voy á echar á usted un jarro de agua fría.

SOCORRO

Eso es.

CAMILO

Juan Antonio acaba de tomar una resolución que le honra, y desiste de su boda con Isolina...

Irónico:

Nosotros lo sentimos mucho...

REMEDIOS

Balbuciente, conteniendo la emoción.

¿Es verdad, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO hace un signo afirmativo muy débil.

REMEDIOS

¿Sí?... ¿Dices que sí?

SOCORRO

Ya lo ves.

REMEDIOS no encuentra una respuesta. Las palabras le faltan durante un momento, y tiene necesidad de todo su carácter para no caer vencida ó no estallar en una exaltación. Al cabo, con un gesto que parecería resignado si no dejase adivinar que cubre una táctica de lucha, dice:

REMEDIOS

Esta bien... Está bien. ¿Ven ustedes? Me conformo... El primo Juan Antonio debe hacer siempre su voluntad...

CAMILO

Así quería yo verla... Eso es ser razonable.

FRANCISCO

¡Hum!... Demasiado razonable, Camilo... Esto marcha demasiado bien.

Entran por la puerta de la izquierda CAMILITA y PEDRO.

PEDRO

Pues es verdad: Isolina dice que se casa con el tío Juan Antonio.

CAMILO

Calla, muchacho... ¿A ti que te importa?

PEDRO

Bruscamente, turbado.

¿A mí?... ¿Qué quieres que me importe?

REMEDIOS ha salido silenciosamente.

SOCORRO

No hijos míos. Vuestro tío no se casa, no pensó nunca en casarse... ¡Tontos que lo creisteis!

PEDRO

¡Ah!...

A un gesto de Socorro los sobrinos se precipitan sobre el tío, que recibe pasivamente sus caricias.

CAMILITA

Tío, tiíño bueno... Me daba mucha pena que te casaras .. Si te casabas no me querrías; querrías sólo á Isolina... Además es una artesana, y tú ¡el tío Juan Antonio, que ha sido médico del Rey, casarse con una artesana!

CAMILO

¡Qué tonterías dices!

PEDRO

¡Orgullosa!... Si no se casa, ¿verdad tío Juan Antonio? Si no podía ser...

FRANCISCO

Dejadlo en paz.

JUAN ANTONIO

Irguiéndose.

Gracias, hijos...

A Francisco:

Esto es hecho... Me voy; me ahogo aquí.

FRANCISCO

¿Qué?... ¿Quieres irte ahora mismo? Te comprendo.

JUAN ANTONIO

Sí, en seguida... ¡Quisiera haberme ido ya!...

Golpeando un timbre que hay sobre la mesa:

¡A ver, esos criados!... ¿No me oyen?

Juan, el criado del doctor, aparece en una de las puertas.

¡Tú, Juan, que nos vamos, que nos volvemos á Madrid!

JUAN

¿Hay que preparar todo, ó es para unos días?

JUAN ANTONIO

Sí, todo... todo. ¡Es para siempre, para siempre!...

SOCORRO

No era necesaria esa prisa.

JUAN ha salido, después de inclinarse respetuosamente.

JUAN ANTONIO

A FRANCISCO:

Tú no me abandonarás, ¿eh?

FRANCISCO

¡Juan Antonio!... Yo iré adonde tú vayas; tú sasabes que siempre será así.

JUAN ANTONIO

Sí... Ya me había acostumbrado á vivir en fami-

lia. Teniéndote cerca creeré, á veces, que no he salido del pueblo... ¡He encontrado en ti tantas cosas sanas!

FRANCISCO

Cosas tuyas, tu...

JUAN ANTONIO

Acaso el vivir perezosamente como tú has hecho, mantenga la pureza del alma. Tú me sabes á verdad, Francisco... Por eso quiero tenerte siempre á mi lado.

SOCORRO

Por lo visto yo...

JUAN ANTONIO

Tú tienes tus hijos... No eres más que madre de tus hijos...

SOCORRO

Pero las lobas son también madres...

JUAN ANTONIO

Tú lo dices...

SOCORRO

A Francisco y Camilo:

Se ha vuelto loco.

PEDRO

¡Tío!

JUAN ANTONIO

Basta... Ya veis que ha pasado la crisis. Y desde este momento dejo de divagar: Camilo, ve á casa del notario y haz ese poder como tú quieras: todo lo que me ataba á Villanoa queda en tus manos. Pedro, si quieres, podrás vivir en mi casa de Madrid. Yo en tu caso preferiría no hacerlo: el espectáculo de la vejez es lamentable.

CAMILITA

Tío, no, no te vayas de aquí...

CAMILO

No te vayas... hoy.

JUAN ANTONIO

Acariciando melancólicamente el pelo de Camilita:

Es necesario, Camilita. Nadie podría vivir donde ha perdido una batalla.

PEDRO

Deja al tío... Todos deben dejarlo... Ya ha dicho que no se casa. Haciéndole hablar lo hacen sufrir...

JUAN

Desde la puerta, como si le pareciera imposible la orden que ha recibido:

¿Dice el señor que todos los libros y el instrumental? Habrá que estropear muchas cosas y deshacer la biblioteca... Algunas cosas se habían puesto para no quitarse nunca

JUAN ANTONIO

Ya ves...

De súbito excitado.

Hay que irse, Juan... ¡Hay que irse! Desclava, rompe, arranca las cosas de raíz... Y pronto... ¡En un cuarto de hora se pueden arrancar las cosas más grandes!

FRANCISCO

¡Juan Antonio!...

CAMILO

Eso no es ser razonable.

JUAN ANTONIO

¿Qué queréis? Grito; estoy en mi casa todavía... En media hora de conversación la verdad y el egoísmo han hablado por vuestra boca y han sido como dos perros de presa azuzados contra mi corazón... ¡Me habéis negado el derecho á amar! Entre mí y mi pobre amor habéis puesto, como fantasmas, los escrúpulos, los prejuicios, la burla y... la verdad, la injusta verdad... ¡Como si en la gran tristeza y en el gran desorden de la vida, la mentira no fuera casi siempre la aliada de la caridad y del bien!

SOCORRO

No se puede contigo; vas á empezar de nuevo...

JUAN ANTOINO

Sin oirla, siguiendo su propio pensamiento:

Caridad necesitaba yo de nosotros, y no verdad cruel; bálsamo, no revulsivo... Pues qué, ¿sería yo el primer hombre discreto que á mi edad concibiese una pasión de juventud?

FRANCISCO

No, claro que no.

JUAN ANTONIO

... Y que era pasión y no vicio, y no lascivia, lo prueba esta espera de dos años... Esperar, cuando acaso sólo días me separaban de la tumba... ¿No visteis que era la necesidad de amar, y no la ridícula pretensión de ser amado? Yo me conformaba con el medio amor. Yo quería querer... ¿Cómo explicaros?...

SOCORRO

Si te entendemos...

JUAN ANTONIO

Tú no puedes entenderme .. Hay veces que se habla para sí mismo... Sí, yo quería gozar de ese bien infinito que hay en consagrar á otro ser nuestros pensamientos y nuestra ternura. ¡Amar, amar!...

SOCORRO

A Camilo:

Se ha vuelto loco...

CAMILO

Calla, no lo excites.

FRANCISCO

Hermano mío, Juan Antonio... Quédate. Si es así, quédate; no hagas caso de nadie y quédate... Yo estaré siempre al lado tuyo...

CAMILO

¿Cómo?...

JUAN ANTONIO

Ya no... Sí; os repito que tenéis razón, que renuncio...

CAMILO

¡Ah!...

JUAN ANTONIO

Saldremos de aquí antes de una hora... Ha de ser pronto...

Toca en el «tan-tan» y dice á JUAN, que aparece en seguida:

A Matías, que prepare el auto; tú dispón el equipaje de mano para ahora mismo.

JUAN

Eso ya está, señor.

JUAN ANTONIO

Pues tráelo... Tú, Francisco, podrás reunirte conmigo en Helenis dentro de un par de horas; en el automóvil pequeño puedes llevar tres ó cuatro baúles. Para las demás cosas ya Camilo se encargará de mandárnoslas á Madrid. ¿No es eso? Voy á escribir unas instrucciones para Remedios.

Se acerca al «bureau» y empieza a escribir. Hondo silencio espectativo en toda la familia. CAMILO impone silencio á su hija, que cuchichea con PEDRO, y FRANCISCO se pone al lado de su hermano, como un perro fiel. Al cerrar la carta, JUAN ANTONIO murmura:

Sí, más vale... Era ridículo... Una locura.

SOCORRO

Gozosa, á CAMILO:

¿Eh?

CAMILO

Siempre previsor:

Cállate... espera.

Entra JUAN con un guardapolvo, un maletín y una gorra de viaje. Se oye el ruido del automóvil que ya espera abajo.

JUAN ANTONIO

Poniéndose el guardapolvo:

Tenía que ser así para poder ser... Ya sabes, Camilo; ya sabes, Francisco...

REMEDIOS aparece en la puerta, empujando suavemente á ISOLINA.

REMEDIOS

Anda, hija; despídete del tío, que se nos va.

Entre la expectación hostil de la familia de CAMILO, ISOLINA avanza, llorosa, pero decidida, hacia JUAN ANTONIO.

ISOLINA

¿Que se va usted?... No me diga eso; no es posible... ¿Qué va á ser de nosotras?... ¿Qué va á ser de mí?...

SOCORRO

No irán á morirse... Vivirán como antes.

JUAN ANTONIO

Como antes, no.

ISOLINA

Como un eco.

Como antes no... Ya no sabríamos vivir sin el tío... Tio, tiíño, llévenos con usted... ¡No me deje en este pueblo donde todos me odian!... Lléveme con usted á Madrid... A mí y á mi madre... Yo me moriré de pena si usted me deja; me creeré abandonada...

Acercándose aún más á él, mimosa, humilde, coqueta, ingenua, mujer.

Diga que me llevará; dígame que cuando me dijo antes lo que me dijo no quiso burlarse de mí... Diga que sí... Yo lo cuidaré; yo no sueño más que con cuidarle, con obedecerlo...

JUAN ANTONIO

Tomándole una mano.

Cuidarme... obedecerme... Eso que tú me concedes es lo que yo quería de ti...

Tomándola la otra mano igual que al principio del acto, y mirándola profundamente á los ojos:

Yo sé que dices la verdad... Cuidarme, obedecerme... ¿Qué otra cosa podéis hacer las mujeres jóvenes cuando os casáis con los viejos?... Yo no puedo, yo no debo ser tu marido, Isolina, hija mía y, por eso me voy... No me voy, huyo, ya lo ves, como un cobarde... Tu presencia me ofusca; me hace olvidar estas arrugas, y estas canas que en tu tío Juan Antonio te parecen nobles, pero que en un marido te parecerían...

ISOLINA

Sin dejarlo concluir:

No, no... Yo veo en usted á un santo, á un rey... Yo no... Para mí no hay otro mejor en el mundo... Le debo mi felicidad; estas ropas que llevo, estos colores de salud que tengo, el poco de paz que ha podido tener mi madre al fin...

CAMILO

Vamos, vamos... Hay que obedecer... El mismo Juan Antonio manda...

ISOLINA

Haré lo que el tío quiera...

Con desesperada amargura:

¡Pero que no me mande sino morirme si se va, si nos abandona... si huye de mí!...

Cae sollozando en el hombro de JUAN ANTONIO. REMEDIOS, muda, permanece en la puerta y sigue como una esfinge la escena, que ha ido arrancando exclamaciones de burlona ira á SOCORRO y á CAMILITA. FRANCISCO esta emocionado. PEDRO, con súbita violencia, sale de escena cuando ISOLINA se abraza llorando á JUAN ANTONIO.

SOCORRO

Es demasiado... Me parece que basta de comedia...

CAMILO

Vamos, Juan Antonio... Convéncelo tú, Francisco...

JUAN ANTONIO

Desprendiéndose con rudeza llena de ternura de los brazos de ISOLINA; en voz muy alta, como loco:

¡Qué Francisco ni qué nadie!... ¡No me voy, no me voy!... ¡La quiero, la idolatro!... Antes el ridículo y la muerte que renunciar á ella... Y como

estoy en mi casa, y como soy aquí el rey y hago lo que quiero, y lo que quiero es quererla, que sea mía... ¡Fuera de aquí el que no quiera oirme! Ven, Isolina, amor de mi alma, esposa... ¡Fuera de aquí el que no esté dispuesto á respetarla!... Ven, Isolina, obedéceme delante de todos... ¿Veis?

La besa.

Será mi mujer. Es ya mi mujer... ¡Y la adoro!

Ante la violencia de JUAN ANTONIO, SOCORRO, CAMILITA y CAMILO se han replegado hacia el fondo. REMEDIOS avanza silenciosa, y se une al grupo que ya han formado JUAN ANTONIO, ISOLINA y FRANCISCO en primer término. Cuando cae rápidamente el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En Madrid. Sala de confianza que separa el resto de la casa del laboratorio de JUAN ANTONIO. Al fondo un ventanal y una puerta por donde se va á la calle; á la izquierda, y en segundo término, puerta que comunica con el laboratorio; á la derecha dos puertas más que llevan á las habitaciones interiores.

Es media tarde. CAMILO, aún con el sombrero en la mano y vestido con un abrigo de viaje, habla con REMEDIOS. JUAN aparece por la primera puerta de la derecha.

REMEDIOS

A JUAN:

¿Llevaste las maletas al cuarto?

JUAN

Sí, señora.

CAMILO

Tú también estás más grueso, Juan... A todos os sentó Madrid.

JUAN

Ya ve usted, señorito.

REMEDIOS

A Camilo:

Dale el abrigo y el sombrero para que los lleve.

A Juan que sale después de tomar el abrigo y el sombrero de Camilo:

Quita los tiestos de la ventana... ¡Esa Isolina, con su manía de poner flores en todas partes!

A Camilo.

Si no te gusta ese cuarto y prefieres otro más abrigado, se te arreglará... Estás en tu casa... Como has llegado así... de sopetón.

CAMILO

Hombre, de sopetón... No será por falta de ruegos, que Juan Antonio bien nos tiene escrito para que vengamos; y no sólo á mí, sino á Camilita y á Socorro.

Un corto silencio.

REMEDIOS

Vamos, tú has querido venir á... sorprender.

CAMILO

¡Siempre la misma!

REMEDIOS

Pues lo que es vosotros... Tu mujer sobre todo...

CAMILO

Ea, si vamos á andar con recelos, como enemigos, soy capaz de coger los bártulos y largarme... Después de seis años, ya podías estar bien tranquila.

REMEDIOS

Nadie ha dicho que no lo esté.

CAMILO

Yo no tengo la culpa de que por esa indisposición de Juan Antonio esté el correo de tres días sin abrir. No tienes más que buscar entre las cartas y

verás cómo está la mía avisándole. Respecto al muchacho, sí, no te lo niego: he querido darle una sorpresa.

REMEDIOS

Bien, más vale así... Yo no me refería al hecho de llegar hoy, sino al viaje en general... Recuerda que sin las intransigencias de Socorro todavía estaríamos todos en el pueblo.

CAMILO

Te ruego que no hablemos más en ese tono, Remedios. Además, mi mujer es mi mujer y yo soy yo. Si hubiéramos querido saber, sonsacar, como tú crees, le hubiéramos preguntado al chico, y él puede decirte... Lo pasado, pasado y bien pasado; te aseguro que no hay espionaje ni cosa que lo valga.

REMEDIOS

Me alegro de oirte.

CAMILO

No faltaba más.

REMEDIOS

Socorro sabe que á las buenas yo sé corresponder. Ninguna queja tendréis de mí. Si Isolina y yo fuéramos rencorosas, después de todo lo ocurrido hubiéramos roto las relaciones, y vuestro hijo, cuando le dió la ventolera de dejar la abogacía y ponerse á estudiar medicina, no hubiera encontrado en esta casa y en Juan Antonio...

CAMILO

De sobra lo sabemos, mujer... Mira, casi celebro haber llegado de sopetón, como tú dices, mientras los muchachos y Francisco sacan á pasear al ilustre enfermo... Así nos hemos explicado, y mi estancia entre vosotros será lo que debe ser.

REMEDIOS

Amén. Yo no deseo otra cosa... Figúrate si en el fondo me alegro de que tu hijo vaya á resultar también un sabio como todos dicen y Juan Antonio mismo asegura.

CAMILO

Recuerda que yo fuí un enemigo,— si enemigo puede decirse—, leal. Al tratarse de la boda dije mi opinión sin ambages; como no soy hipócrita expuse

mis razonamientos; pero como el razonamiento no es siempre la razón, aquí me tienes contentísimo de haberme equivocado y de ver á Juan Antonio y á Isolina felices.

REMEDIOS

Y que lo digas; porque lo son.

CAMILO

Vaya, dame la mano de amigos, de amigos verdaderos.

Tomando la mano que REMEDIOS alarga sin franqueza:

Así.

Llega JUAN por una de las puertas de la derecha.

JUAN

Ya están aquí los señoritos... El coche acaba de salir del jardín.

Se oye ruido. REMEDIOS, acercándose a la puerta del fondo, habla con los que suben.

REMEDIOS

Aquí tenéis una visita; una sorpresa.

ISOLINA

Desde dentro:

¿Quién... quién?

JUAN ANTONIO

Aún sin entrar.

¿El doctor Reyes?

CAMILO

No les digas; á ver si aciertan... ¿Viene el muchacho? Voy á esconderme, verás...

A los que llegan:

No me habéis dado tiempo.

JUAN ANTONIO, ligeramente sostenido por ISOLINA y FRANCISCO, entra. Los seis años transcurridos han curvado un poco su espalda y hecho madurar la belleza de ISOLINA. La ciudad, el cultivo espiritual y los viajes, han trocado la aldeana en dama.

FRANCISCO

¡Caramba, qué sorpresa!

JUAN ANTONIO

¡Al fin te decidiste!

ISOLINA

¡Tío Camilo!

CAMILO

Aquí me tenéis... Remedios me ha hecho los honores de este palacio...

A JUAN ANTONIO:

¿Nada de cuidado, supongo?

ISOLINA

¡Oh, no!...

CAMILO

Tu aire es magnífico. ¿Qué ha sido eso?

JUAN ANTONIO

Psch... El pícaro corazón que, sin duda de ser demasiado feliz, vuelve á hacer de las suyas... Un ataque de nada.

FRANCISCO

De nada si no te obstinas en trabajar mucho.

CAMILO

¿Y el muchacho? Creí que estaba con vosotros; Remedios me dijo...

ISOLINA

Pedro vendrá en seguida.

JUAN ANTONIO

¡Quién iba á adivinar tu agradable visita!... Lo dejamos al paso en la biblioteca, donde tenía que recogerme unos datos. Estoy muy contento de él, ¿sabes? Creo que al cambiar de carrera siguió su verdadera vocación... Desde el primer año tuvo afición á tocar el fondo de las cuestiones, y hoy por hoy sabe en muchas cosas tanto como yo, con la ventaja de la juventud... Mis trabajos son, en realidad, de los dos, y sin él, sin su ímpetu, que yo tengo á veces que refrenar, muchas de mis investigaciones no habrían marchado tan de prisa...

CAMILO

Y con un maestro como tú... Ya hemos leído los

elogios que te dedican los periódicos por esos trabajos de... histología. ¿No se dice así?

JUAN ANTONIO

Perfectamente... Pero la verdad es que las sorpresas, por agradables que sean, se burlan del método: aquí nos tienes sin preguntarte por Socorro y por Camilita.

CAMILO

Todos buenos, todos buenos...

ISOLINA

¿Es verdad que Camilita está más alta que yo, tío?

FRANCISCO

¿Es verdad que el alcalde se ha decidido al fin á beber agua?

CAMILO

¡Este Francisco! Siempre el mismo...

JUAN ANTONIO

No creas, ya no es el mismo: desde hace unos días tiene un aire de buho que no le va...

FRANCISCO

Cosas tuyas...

JUAN ANTONIO

Con decirte que ya ni habla de aquella célebre combinación de juego que le servía para perder con método...

CAMILO

¡Qué Francisco!

REMEDIOS

Que no ha dejado de observar recelosamente a CAMILO:

En fin, lo principal es que no haya nada malo por allá.

JUAN ANTONIO

Pero eso de venir así, sin avisarnos...

CAMILO

Yo te escribí; pero ya me ha dicho Remedios que tienes sin abrir el correo de tres días.

REMEDIOS

Con turbación:

Entre el montón de cartas ni siquiera se nos ocurrió mirar las letras de los sobres; si no...

ISOLINA

Pues hemos salido por milagro; mamá que se empeñó á última hora.

CAMILO

A Isolina:

Y tú, mujer, estás hecha una reina... Si te veo en la calle soy capaz de no conocerte. Entre los viajes y el matrimonio...

JUAN ANTONIO

Radiante:

¿Verdad? Más linda y más buena cada día... Si hago algo útil para la Ciencia, á ella se le deberá aún más que á mí; yo estaba ya definitivamente retirado.

A Isolina, que hace ademanes negativos:

Sí, sí... Siempre animándome... No te hagas la modesta.

ISOLINA

¡Oh, Juan Antonio!

REMEDIOS

Ya ves, Camilo; la luna de miel sigue aquí como el primer día... Puedes decirlo en Villanoa.

JUAN ANTONIO

Por Isolina:

Aquí donde la ves, se ha impuesto hasta el aburrimiento de estudiar para poder ayudarme; y como es tan inteligente, tan aplicada, vaya si me ayuda... Verdad es que aquí me ayudan todos: Francisco, Remedios, Pedro... te repito que estoy contentísimo de él; ya habrás notado durante el último verano, que ha dejado de ser un muchacho...

CAMILO

Sí, vaya... Un poco reservadote, ¿no te parece? Fuera de los elogios sin fin de vuestras bondades y de tu talento, cuesta trabajo arrancarle palabra.

FRANCISCO

Los estudios abstraen.

JUAN ANTONIO

Su nombre ya es de los señalados; ya se le envidia, y eso quiere decir...

REMEDIOS

Yo creo que trabaja demasiado; no tiene buena cara... Todos dicen que le convendría viajar, descansar aunque fuera unos meses en el pueblo.

JUAN ANTONIO

No, no... sería un atraso. Además, Camilo, soy un viejo egoistón, y no soy yo quien protege á tu hijo... no te rías... Todos me protegen aquí, hasta Juan... Porque sin esta casa, sin esta dicha, me sería imposible hacer nada. El doctor Reyes rabia cada vez que ve mi laboratorio tan limpio, y que ve mis trajes, que antes de irme á Villanoa eran famosos por las manchas, flamantes gracias al cuidado de Isolina... Y dice que esta casa es como un reloj, donde cada rueda tiene su papel... Isolina es la gracia, Remedios la economía doméstica, Francisco...

FRANCISCO

Yo debo ser el despertador...

CAMILO

¿Siempre levantándote con los gallos?

FRANCISCO

Lo mismo. Costumbre de toda la vida.

ISOLINA

A las cuatro de la mañana anda como un fantasma, haciéndose café en el reverbero.

JUAN ANTONIO

En fin, todo se hablará... Lo que es ahora no te soltamos en un mes. Y si los de Villanoa se quejan, que vengan á buscarte... ¿Has subido ya á tu habitación?

REMEDIOS

Si acaba de llegar...

JUAN ANTONIO

Pues nada, á darte un chapuzón y á bajar en seguida á ver mi laboratorio, que es el mejor de Madrid. Aunque no entiendas de esas cosas, tendrás que verlo y admirarlo todo.

FRANCISCO

¡Prepárate!

JUAN ANTONIO

Es la única tiranía que impongo á mis huéspedes.

CAMILO

Figúrate con cuánto gusto.

REMEDIOS

Isolina, acompáñalo á su cuarto. Lo puse en el grande de la galería.

JUAN ANTONIO

Voy yo también...

CAMILO

No te molestes, hombre; entre nosotros...

JUAN ANTONIO

Este va á tomar en serio lo de mi enfermedad... Vaya si voy. Remedios dice que si los médicos me aconsejan que no trabaje mucho, es por celos.

CAMILO

A Remedios:

¡Ah, lo que es ésta!

REMEDIOS

Yo bien me sé...

ISOLINA

Á Juan Antonio:

No, no, que no te conviene subir escaleras.

FRANCISCO

No seas imprudente, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Ya en la puerta de la derecha.

Andando, andando... Ni que fuera yo un carcamal.

Salen por la primera puerta de la derecha ISOLINA, CAMILO y JUAN ANTONIO. FRANCISCO se dispone á seguirlos, pero REMEDIOS lo detiene.

REMEDIOS

Quédate .. Te habrás convencido.

FRANCISCO

Ya vuelves... No, no me he convencido de nada.

REMEDIOS

Porque te empeñas en cerrar los ojos.

FRANCISCO

Y tú en abrirlos demasiado, Remedios. Cada uno de nosotros, por causa distinta, estamos interesados en la felicidad de Juan Antonio. Tú, con tu continuo sospechar, llegaste á darme miedo y me hiciste ver, en un instante de debilidad, tus visiones.

REMEDIOS

No son visiones.

FRANCISCO

Pero ya te digo que esto concluye hoy. Ya he hablado con Pedro claramente.

REMEDIOS

¿Qué has hecho? De seguro que...

FRANCISCO

De seguro que nada. Ha sido un mal paso que me has obligado á dar: el último.

REMEDIOS

Habrá negado, claro...

FRANCISCO

Tú tienes monomanía de persecución; te obstinas en sólo mirar en las gentes los rincones malos; yo creo en el bien y á él me dirijo... Si hubiera ido con

sonsacamientos, con diplomacia, como tú dices, Pedro habría negado. Le hablé lealmente, y ya ves... Me has obligado á arrancarle una confesión que quizá no se había hecho aún á él mismo.

REMEDIOS

Para que dudes de mis presentimientos.

FRANCISCO

Remedios, esto ha de acabar hoy... Cada cual su carácter: yo soy claro; me repugnan los tapujos y las labores subterráneas.

REMEDIOS

Es mi deber; además habíamos convenido...

FRANCISCO

Siento decírtelo, pero el convenio concluye aquí; es más, estoy dispuesto á que suspendas toda labor... Lo que haces es impulsar á Pedro y á Isólina á minar la felicidad de esta casa á fuerza de creerla amenazada.

REMEDIOS

Ahora va á resultar que soy yo; ahora va á resultar que si Pedro busca á Isolina, que si el verano pasado estuvo hasta última hora poniendo pretextos para quedarse con nosotros y no ir á Villanoa, que si...

FRANCISCO

Basta... basta.

REMEDIOS

Pero si no puede estar más claro el juego de Socorro; si se necesita ser tonto para no comprender que Pedro aquí es una cuña con la que cuentan los de Villanoa... Fueron ellos los que aconsejaron el cambio de carrera para metérnoslo mejor en casa... Siempre aludiendo en sus cartas á la diferencia de edades, á los achaques de Juan Antonio; siempre con "los chicos" para acá y "los chicos" para allá... Sí, sí... Ellos hacen todo con su mira...

FRANCISCO

Pedro es incapaz... ¿Por qué sólo te fijas en él?... También Isolina lo busca.

REMEDIOS

Exaltada:

¡Mentira!

FRANCISCO

Sí... Hay que ser justos... Yo te digo que también ella lo busca, ó se deja buscar, que es lo mismo... Tú creíste que la dicha sólo está en el bienestar material, y... Esta es tu obra... Si hay culpa en alguno, tuya es...

REMEDIOS

¡Oh, Francisco!...

FRANCISCO

Confiemos en la virtud que sabe inspirar Juan Antonio: á su lado todo el mundo es mejor... Confiemos en el fondo honrado de Pedro y de Isolina... Esto es lo que tenía que pasar, Remedios: es la juventud enamorada de la juventud, pero no dispuesta por vil egoísmo á saltar barreras ni á olvidar deberes.

REMEDIOS

Vencida:

Ahora eres tú quien me asustas, Francisco... Dios te oiga... Que sea así.

FRANCISCO

Dejemos la vida correr, es lo mejor; los hechos no se fabrican como tú crees y la fatalidad no se detiene. Confiemos en el bien, que es nuestro único recurso. No sigas con tus habilidades de querer separarlos: cada obstáculo que se pone es como un desafío. Prométeme que no harás nada más.

REMEDIOS

No, no...

FRANCISCO

¿Tú crees que yo no sé que has abierto la carta de Camilo, que sabías que llegaba, que nos echaste á la calle para poder recibirlo sola y sonsacarlo?

REMEDIOS

Te juro...

FRANCISCO

Mirándola al fondo de los ojos:

Vas á jurarme en vano, Remedios.

REMEDIOS

Bajando la mirada;

Es verdad... es verdad,

FRANCISCO

Ya ves... Y si á mí no me engañas, á mí que á su lado soy un imbécil, ¿cómo habías de engañarlo á él, si no fuera por su bondad?... Juan Antonio es demasiado grande: en su alma la generosidad lo ocupa todo y no deja lugar á la sospecha; pero si algún día se da cuenta de esta desconfianza, de este espionaje que rodea su vida...

REMEDIOS

Yo siempre he tenido discreción.

FRANCISCO

La desgracia se burla de toda discreción... Si eso llegara, su misma inteligencia, su misma bondad se volverían en contra suya: como es infinitamente superior, sufriría infinitamente más que cualquier otro... ¡Si eso llegara!... Tú sabes lo que ha sido Juan Antonio para mi: padre, hermano, Dios... todo. Recuerda cómo en cuanto comprendí que el amor de Isolina era necesario para su vejez, me puse á tu lado contra todo el mundo... ¡Que no llegue nunca esa desgracia, Remedios!

REMEDIOS

Calla... No llegará... Cállate.

FRANCISCO

Déjame hablar... Si llegara, la herida del corazón de Juan Antonio sería de muerte; no habría certipumbre capaz de convencerlo... Ataría cabos, se nventaría dolores, suponiendo cosas que no han existido... Se moriría...

Exaltado por esta idea:

Si por intereses mezquinos me mataran á Juan Antonio, ¡entonces yo también dejaría de ser bueno!...

Después de esta frase, dicha con tono de amenaza, FRANCISCO, se dulcifica y prosigue:

Ya ves; hace poco tuve un miedo horrible: creí que esa fatalidad había llegado; que...

REMEDIOS

¡Oh, Francisco, dí!

FRANCISCO

No, fué solo un relámpago; una de esas reticencias tuyas que me pareció que él recogía... Que nos sirva esa falsa alarma de lección. Basta de tapujos y de emboscadas; desde hoy, todo diáfano.

REMEDIOS

Sí, sí...

FRANCISCO

Imitemos la confianza de Juan Antonio. Si entre Pedro é Insolina no hay más que la atracción de la juventud, tengamos confianza; si, por desgracia, hubiera algo más... tengamos confianza también, que el amor no ha de pasar siempre por las almas como un incendio... Pedro é Isolina le deben cuanto son y no han de ser ingratos. La sombra de Juan Antonio bastará para separar lo que en ellos no debe juntarse.

REMEDIOS

Sí, tienes razón. Yo también confío en ellos, Francisco.

De improviso, colérica:

¡Son los de allá... son los de allá!

FRANCISCO

No supongas bajezas.

REMEDIOS

Tú no los conoces como yo.

FRANCISCO

Y aunque así fuera... Pedro es de los nuestros. Pedro ha pasado ya por la influencia de Juan Antonio.

REMEDIOS

¡Esa Socorro!... Ella no nos perdonará nunca. Camilo ha venido á...

FRANCISCO

Atendiendo a un ruido que llega de la derecha:

Pchs... Calla.

JUAN ANTONIO entra por la primera puerta de la derecha:

JUAN ANTONIO

¿El viajero no ha bajado aún? Me dijo que en diez minutos estaría listo.

FRANCISCO

¡Quia! Estará abriendo las maletas.

JUAN ANTONIO

Que no le falte nada, Remedios. Hay que atenderlo como tú sabes hacerlo cuando quieres.

REMEDIOS

Ocultando su turbación:

Sí, descuida... Voy yo misma á ver.

REMEDIOS sale por la derecha.

JUAN ANTONIO

Ajajá... Ese paseo me ha quitado quince años de encima... Está el Retiro que parece de oro; hasta se sienten crujir las hojas como si fueran de metal... Un paseo así da la vida... ¿Cómo has encontrado á Camilo?

FRANCISCO

Hecho un toro, ¿eh?

JUAN ANTONIO

Si esa vida de pueblo...

FRANCISCO

En el fondo tú tienes la melancolía de nuestra casona de Villanoa.

JUAN ANTONIO

¿A qué negártelo? Es lo único que echo un poco de menos... Yo no soy hombre de ciudad.

FRANCISCO

Melancólicamente.

¡Aquellos paseos nuestros por la carretera!... Si vamos alguna vez, ya no nos llamarán los solterones como antes, - ¿te acuerdas?... Lo decían respetuosamente, bajito, pero de modo que lo oyéramos bien; con esa discreción de los pueblos, que siempre tiene algo de indiscreta.

JUAN ANTONIO

Y casi me alegro, Francisco.

FRANCISCO

¿De qué?

JUAN ANTONIO

De tener esa melancolía... De otro modo sería demasiado feliz, y no es justo. Se debe dejar un huequecito para las glándulas de la desgracia.

FRANCISCO

Sí, sí... Así, cuando uno nota demasiada envidia en derredor, se echa mano á la glandulita para aplacarla. ¿No es eso?

JUAN ANTONIO

De súbito:

¿Qué te decía Remedios? Sin duda no le ha sentado bien la visita.

FRANCISCO

Bah... Ya sabes; cosas de mujeres.

Entra por el fondo PEDRO. Ya es un hombre. También en él se nota el influjo benéfico del tiempo y del estudio.

PEDRO

¡Lo encontré... Lo encontré!

JUAN ANTONIO

Pareces Arquímedes, muchacho... Lo que nosotros decíamos, ¿no?

PEDRO

Lo ue decía usted... A base de cloro.

JUAN ANTONIO

Hay que ensayarlo esta misma noche.

PEDRO

Ahora mismo. La materia colorante para el preparado está hecha. ¡Poco contenta que se va á poner Isolina!

JUAN ANTONIO

¿La gelatina se coaguló mucho?

PEDRO

No; la dejé á dos grados nada más.

JUAN ANTONIO

Muy bien, muy bien... Esta va á ser sonada.

FRANCISCO

Pero... Juan Antonio, os ponéis á hablar así y ni siquiera le dices á Pedro la visita... ¡Sois terribles los sabios!

JUAN ANTONIO

Verdad... ¡Qué cabeza! Dispénsame, Pedro: tu padre acaba de llegar.

PEDRO

¿Mi padre?... Así, ¿sin avisar? ¿Es que pasa algo?

JUAN ANTONIO

No, nada...

PEDRO

¿De veras?

FRANCISCO

Nada, hombre. Cosas suyas.

JUAN ANTONIO

Ya conoces á tu padre... Corre á abrazarlo; está en el cuarto grande de arriba.

FRANCISCO

Él quería darte la sorpresa... Anda, sube y sorpréndele tú.

PEDRO

¡Qué papá!... Vuelvo en seguida... Hay que ensayar eso esta misma tarde.

Sale PEDRO por la primera puerta de la derecha.

Y yo también me voy... Iré por esos libros que me dijiste.

JUAN ANTONIO

Si te encuentras á Reyes, no se te ocurra soltar prenda.

FRANCISCO

Bueno eres tú; luego serás el primero en decírselo. Así te han birlado más de cuatro descubrimientos.

JUAN ANTONIO

Bah... bah, en el fondo, ¿quién es más feliz, el robado ó el ladrón?

Se oye la voz de ISOLINA que pregunta desde dentro:

ISOLINA

¿Es verdad, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO

Á FRANCISCO:

Ya le fué con la noticia.

Respondiendo á ISOLINA:

Sí, nenita; completa verdad.

Á FRANCISCO:

Son mis dos centinelas... Preparado tenemos esta tarde.

ISOLINA

Siempre dentro:

¿Verdad? Me acabo de vestir en un salto y voy.

JUAN ANTONIO

Sólo su voz parece una risa...

FRANCISCO

Con cierta brusquedad:

Hasta ahora...

Creyendo que su hermano ha notado algo:

Vengo á cenar... Lo digo, porque recuerdo el apetito de Camilo.

JUAN ANTONIO

Yo voy un rato al laboratorio hasta que baje ése.

FRANCISCO

No vayas á ponerte á trabajar... Hasta ahora.

JUAN ANTONIO

No, no, descuida... Hasta luego.

Francisco sale por el fondo. Juan Antonio sale también por la puerta de la izquierda. En seguida, sin dar casi lugar á que la escena quede sola, Isolina, en traje de casa, entra por la

segunda puerta de la izquierda, cruza la sala, y cuando va á salir por la puerta del laboratorio, REMEDIOS, que entra por la primera puerta de la derecha, la llama.

REMEDIOS

Isolina... Isolina.

ISOLINA

Mamá.

REMEDIOS

Oye... Espera... Quiero que hablemos dos palabras en serio. Hace tiempo que quiero decírtelas y ésta la ocasión: ahora que acaba de llegar Camilo.

ISOLINA

Tú dirás, mamá.

REMEDIOS

Hija, oye bien... Por lo pronto, júrame que esto que te voy á decir quedará para siempre entre nosotras. Tú sabes lo que yo he hecho por ti; tú sabes cómo, contra todos, luché por tu felicidad.

ISOLINA

Sí, mamá... ¿A qué viene todo esto? Háblame claro.

REMEDIOS

Tú, á pesar de todos tus estudios, no puedes saber, de las maldades del mundo hija mía, como tu madre. En todos los libros de la tierra no se aprende lo que en un pueblo, créeme... Allí no se nos perdona tu matrimonio.

ISOLINA

Esas son cosas que pasaron, mamá.

REMEDIOS

El rencor no pasa... Yo los conozco. Tú eras primero una niña, luego una moza, y no te dabas cuenta... Tú no sabes, Isolina, mientras tú reías y jugabas, las rabias, las penas que ha tragado tu madre en aquel pueblo... Allí se agria el carácter... Cada uno de tus días felices me cuesta muchas lágrimas.

ISOLINA

¡Mi pobre mamá!

REMEDIOS

Muchas, hija, muchas...

ISOLINA

Ya tienes derecho á gozar de esta felicidad sin temores; tu sueño se ha cumplido, ya ves... Ya nadie puede nada contra nosotras.

REMEDIOS

¡Quién sabe, Isolina!

ISOLINA

No... no.

REMEDIOS

Hay que estar prevenidas. Camilo ha venido á vigilar... á vigilarte; lo manda Socorro.

ISOLINA

Pues que vigile.

REMEDIOS

Es que no sólo es necesario ser buena, hija, sino no dar pretexto á la calumnia.

ISOLINA

Con un vago sobresalto:

¿Qué me quieres decir?

REMEDIOS

No lo tomes á mal, pero...

ISOLINA

Dí...

REMEDIOS

Yo siempre fuí enemiga de que viviera con nosotros... Dada la edad de Juan Antonio, tu confianza con él puede ser mal interpretada.

ISOLINA

¡Oh, mamá, mamá!...

REMEDIOS

Es mi deber.

ISOLINA

No, no es tu deber... Él es incapaz de una infamia.

REMEDIOS

Lo defiendes... ¿Ves?

ISOLINA

Con la conciencia limpia, no tengo por qué preocuparme de los mal pensados. Pedro quiere y respeta tanto como yo á Juan Antonio.

REMEDIOS

Si sólo son ciertos detalles, hija... Evitar ciertas cosas; tratar de...

ISOLINA

Mi conducta es igual delante de todo el mundo. Juan Antonio la aprueba y no creo tener nada que corregir.

REMEDIOS

No desoigas el consejo de tu madre. Piensa que tu situación es muy delicada...

ISOLINA

Exaltándose:

¿Y por qué me pusiste en ella, mamá?

REMEDIOS

Me haces cargos, Isolina... No esperaba de ti esta ingratitud... Es lo que nos queda á las madres.

ISOLINA

Enternecida:

No, mamá, no son cargos.

REMEDIOS

A una madre no se la engaña, hija... Yo sé que tú también sientes algo por Pedro. Te sigo desde hace tiempo... Siento tu peligro en mi corazón.

ISOLINA

Si tú supieras cuanto me duele esta conversación, no la hubieras empezado nunca... Ya hay que acabarla... Mira, hasta mi propia voz me suena extraña: son cosas que nunca me había dicho á mí misma y que tú me obligas á decir... No creas que soy hipócrita y que quiero hacerte creer que no he pensado nunca en esto; sí, he pensado, pero de esa manera confusa y tímida, que no toma siquiera dentro de nosotros la forma concreta que tienen las palabras, aun las palabras que no se dicen... Por nada

ni por nadie faltaré á la fidelidad y á la gratitud que debo á mi marido.

En voz más baja, velada por una especie de rubor espiritual.

Juan Antonio es siempre para mí, el tío Juan Antonio; el que nos recogió, el que hizo que nos dejaran de afrentar en el pueblo, el que pagó las deudas de papá... Y ahora que conozco á medias el amor y que me doy cuenta de que el lujo no llena ni con mucho todas las ansias de la vida, estoy contenta de poder pagarle...

REMEDIOS

Me asustas.

ISOLINA

Pero todo sacrificio me es dulce junto á Juan Antonio. A su lado no se puede pensar mal; su confianza desarmaría hasta á la peor mujer. Juan Antonio me ha dado como un alma nueva, y cuando pienso en la otra Isolina, en la del pueblo, en la que no sabía nada ni había abierto un libro, tengo como lástima de ella... ¡Y había de ser yo falsa con Juan Antonio!

REMEDIOS

Si no eres tú; si no me oyes...

ISOLINA

Pedro tampoco... Tú ves cómo él y yo trabajamos junto á Juan Antonio. Pues bien, mamá, te juro que nunca, ni por una alusión, ni por una mirada, lo que se dice nunca, Pedro ha dejado de ser para mí lo que debe ser... Es la primera vez que la idea concreta del mal viene á mí, y eres tú quien me la trae, mamá; por eso me duele tanto.

REMEDIOS

Si no es por ti; si no es por Pedro tampoco... Tú te olvidas del qué dirán; tú no piensas en la maldad del mundo.

ISOLINA

Ni quiero pensar... Mi sacrificio no debe ser por lo que el mundo piense: debe ser por mí misma; por gratitud, por caridad, Juan Antonio es para mí sagrado... Hiciste mal, muy mal, en preparar años y años mi boda... Pudiste equivocarte, pude ser yo de esas mujeres que sólo atienden á bajos egoísmos y á derechos discutibles; pude...

REMEDIOS

¿Verdad que no, hija?... Yo te conocía... Yo sabía bien...

ISOLINA

¡Si no me conocía yo misma, mamá!... ¿Crees que al salir del pueblo yo era lo que soy?... Una madre, á pesar de las relaciones profundas que conserva siempre con el hijo que formó en sus entrañas, no puede conocer lo que los años, los libros, la vida, van poniendo en el fondo del alma... Tú me dices que evite á Pedro, que haga que deje Madrid...

REMEDIOS

Sólo eso bastaría.

ISOLINA

Y Juan Antonio sufriría con esa separación... Trabajan juntos... Y tal vez por ella sospecharía lo que jamás ha de ocurrir... De ese modo serían los demás, en contra mía, sin que yo pudiera evitarlo, lo que habrían hecho la desgracia de mi marido.

REMEDIOS

Recuerda que Juan Antonio mismo dice que más vale prevenir que curar.

ISOLINA

Esta es ya una enfermedad para toda la vida... No hay que prevenir, ni hay que curar tampoco...

Ante el gesto consternado de su madre:

No habrá crisis peligrosa; puedes estar segura... Me quema esta conversación, pero quiero llegar hasta el fin, para que la misma quemadura cicatrice la herida que hace... Yo también siento por Pedro algo muy grande... No te asustes: algo donde hay mucho de agradecimiento... Porque—¿á qué negártelo?—presiento que Pedro me hubiera hecho feliz, y como conozco esa maldad del mundo de que tú hablas, como conozco esa estúpida confianza con que los jóvenes cortejan á las mujeres casadas con viejos..., con ancianos, le agradezco más su corrección, su silencio, su sacrificio... Por nada del mundo ni él ni yo faltaremos á Juan Antonio.

REMEDIOS

Si no me oyes, si hablas tú sola...

ISOLINA

Escúchame antes: ¡Me hace tanto bien decírtelo todo!... Tenía necesidad de que no sólo mis acciones, sino hasta mis pensamientos, pudieran juzgarse... Dime que no hago mal, mamá...

REMEDIOS

Qué has de hacer... Cálmate.

ISOLINA

A veces, en momentos, no de flaqueza, que nunca los tuve, sino cuando esas ideas me persiguen, me acerco á Juan Antonio, busco su sombra como la de un árbol; y en seguida me siento tranquila.

REMEDIOS

Te acaloras y no me escuchas; era yo quien tenía que hablar y...

ISOLINA

Sí, tienes razón; perdóname...

REMEDIOS

A ver, respóndeme con calma. ¿Quieres responderme con calma?

ISOLINA

Sí, dime; pregunta...

REMEDIOS

¿Y si esa actitud—supónlo un momento—, si esa actitud respetuosa de Pedro fuera una táctica?... ¿Si Pedro siguiera las instrucciones de Socorro?

ISOLINA

¡Oh, mamá!... No. Respondo de Pedro como de mí.

REMEDIOS

Habla sólo por ti. Ya es bastante responder de uno mismo... No me hagas creer que sólo la abnegación existe en la tierra.

ISOLINA

Levantándose:

Basta, mamá... Quede aquí nuestra conversación... Hablamos dos idiomas distintos.

REMEDIOS

Tú dijiste todo: debes también oir á tu madre, por respeto.

ISOLINA

No me obligues, mamá. No apeles al respeto que te debo para forzarme á oirte.

REMEDIOS

Apelo á él y á tu gratitud. A mí me debes tu felicidad.

ISOLINA

¡Qué felicidad, que ni siquiera me permite sacrificarme en paz y me condena á vivir entre sospechas y salpicaduras!

REMEDIOS

Soy yo quien trato de evitarlas.

ISOLINA

Me basto yo, mamá... No sabes lo penoso que me es hablarte así.

REMEDIOS

Ya veo que defiendes no sólo á Pedro, sino á los suyos, que trataron por interés de quitarte de la idea de Juan Antonio. Si no fuera tu madre, podría también creer...

ISOLINA

¡Mamá... Mamá!

REMEDIOS

¡Tonta, más que tonta..., que no ves el juego de los de allá!... ¡Tonta y más que tonta, que te dejas engañar con embelecos!... Contaban con tu falta, y te han echado á Pedro para que sea él... Sí.

ISOLINA

Rompiendo á llorar:

¡Oh mamá, y eres tú la que me dices eso!...

REMEDIOS

Calla, cálmate, que pueden venir...

ISOLINA

Mis primeras lágrimas después de casada; mis primeras lágrimas de mujer, mamá... ¡Qué amargas son!

REMEDIOS

Conmovida, acariciando la cabeza que ISOLINA ha refugiado entre los brazos.

¡Hija mía!... ¡Mi rapaza! ¡Ojalá no te quisiera

tanto tu madre, que sangre y vida diera por verte contenta!... Basta ya, no me llores... Sécate esos ojos... Sírvate lo dicho para evitar que nadie pueda atreverse á..., para que nadie pueda abrigar malas esperanzas. Toma un beso, en la frente... Yo sé que eres buena... Perdóname si sólo pensé en nuestra miseria y creí que sacándote de ella de cualquier modo te hacía feliz; perdóname si te he hecho algún mal, hija...

Se oye la voz de CAMILO que desde dentro llama:

CAMILO

¡Remedios!

REMEDIOS

Tranquilízate un momento, por Dios... ¡Que no te vean llorar..., que nadie sospeche!...

ISOLINA

Sí, ve...

REMEDIOS

Respondiendo á Camilo:

Voy... voy.

Sale precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y apenas ha salido entra PEDRO. Durante las primeras frases, ISOLINA habla ocultando la cara, para que PEDRO no le vea los ojos enrojecidos por el llanto.

PEDRO

Hay que probar el preparado esta misma tarde, Isolina.

ISOLINA

Sí, ahora iré.

PEDRO

Acaso yo decida á papá á un viajecito, y quiero saber el resultado antes de irme.

ISOLINA

¿Irte?

PEDRO

Sí.

ISOLINA

De todos modos no te ibas á marchar en seguida.

PEDRO

Tal vez.

ISOLINA extrañada, lo mira; PEDRO al ver sus ojos se acerca á ella con gran emoción.

PEDRO

¿Qué tienes, Isolina?... ¡Tú has llorado!

ISOLINA

¿Estás loco?... ¡Yo qué voy á llorar!... Es que me puse á mirar el Sol así, frente á frente, y...

PEDRO

No, Isolina... Esas son cosas que se dicen cuando no se quiere confesar que se ha llorado... También á usted le han hablado... ¡Ni siquiera tuvieron paciencia para dejarme ir sin darme el dolor de ver lágrimas suyas!

ISOLINA

Háblame de tú como siempre, Pedro; háblame de tú... No entiendo lo que quieres decir.

PEDRO

Yo sé que soy causa de esas lágrimas; por eso me voy. Desde hacía tiempo era demasiado feliz y tenía miedo... Ahora me parece que en esta sola hora pago toda mi felicidad.

ISOLINA

No tienes que irte.

PEDRO

Sí, es mejor. La calumnia no respeta nada. Francisco me ha hablado; tal vez te acaba también de hablar á ti, y te ha hecho llorar... Además...

ISOLINA

Además, ¿qué?...

PEDRO

Bajando la voz:

Además... es verdad, Isolina.

ISOLINA

Cubriéndose la cara:

¡Oh, Pedro!... ¿Por qué me dices que es verdad?

PEDRO

No llores; no me turbes aún más de lo que estoy...

Yo hubiera querido irme como un muchacho loco que se cansa del trabajo; hubiera tal vez tenido el valor de sonreir al irme, y el tío, con el tiempo, se hubiera consolado de perder mi ayuda... Tú también me hubieras olvidado.

Espera ansiosamente la respuesta de ISOLINA, que tarda un largo instante en contestar, «asi más con el gesto que con los labios.

ISOLINA

No.

PEDRO

Han sido tus lágrimas... Yo no lo hubiera dicho nunca; yo venero al tío, tú lo sabes... Me moriría antes de olvidar cuanto le debo, cuanto merece... No me juzgues mal, Isolina.

ISOLINA

No debes irte... Yo olvidaré lo que me has dicho... Hay que borrar el día de hoy, Pedro... Tu ida sería ya un golpe para Juan Antonio, y quién sabe si...

PEDRO

Es que ya te he hablado, que tal vez ya no tenga fuerzas...

ISOLINA

Hay que tener esa fuerza, hay que valer más que los otros.

PEDRO

Sólo mi presencia aquí te perjudica, según dicen... y debe ser cierto.

ISOLINA

¿Y qué nos importan los demás si estamos seguros de nosotros?

PEDRO

¡Oh, Isolina, tú no sabes!... Tú no puedes saber... Si yo creo que ya en el pueblo, cuando al oir hablar de tu boda yo me indignaba sin darme bien cuenta del por qué, "eso" era ya verdad... Yo te quería, te quise siempre... Es verdad que dejé la abogacía por estar más á tu lado, es verdad que por ti he tomado amor á la ciencia, que con tu presencia me pagaba... Porque el trabajo era el único sitio donde nuestras almas podían juntarse...

ISOLINA

¡Cállate... Cállate... Cállate!...

PEDRO

Yo no te lo hubiera dicho jamás... Tú no sabes cuántas veces he tenido que salir de pronto de una habitación donde tú estabas, para que no me lo fueran á conocer en los ojos... Te juro que ni un momento pensé en el mal; yo no soy...

ISOLINA

Te digo que calles...

PEDRO

¡Si es una vez sola la que he de hablar... escúchame esta vez!... Tú no comprendes la desgracia que es llevar en sí la maldición de hacer desdichado á quien se adora... Quiero que sepas que ni un momento he pensado mal. Yo sé que en seguida se aspira á pasar sobre todo para conseguir la dicha completa... Pero hay también quienes se conforman con una media felicidad que les permite ser piadosos... Yo soy de esos, Isolina... Ya ves, ahora que la voy á perder, esa media felicidad me parece una felicidad completa.

ISOLINA

No debes irte. Suframos nosotros cuanto sea pre-

ciso; pero Juan Antonio no debe suponer jamás... Tú sabes que su corazón no resistiría á eso.

PEDRO

Yo lo venero como tú; sin él tú no serías como eres, como yo te adoro.

ISOLINA

No debes irte... Prométeme que no te irás.

PEDRO

Él es más que nuestro padre...

ISOLINA

Más, mucho más... Hagámoslo por él... ¿Me lo prometes?

PEDRO

Me pides demasiado, Isolina.

ISOLINA

Te pido lo que él se merece. Mucho más daría yo por no turbar la poca dicha que le queda.

PEDRO

Una sola condición, Isolina.

ISOLINA

Sin condiciones... No me hagas arrepentirme de haber confiado en ti.

PEDRO

Una condición sola.

ISOLINA

No, no...

PEDRO

¿Es que tú no comprendes?. . Es que necesito una convicción que me dé fuerzas para despreciar á todos y.. para vencerme á mí mismo... No me la niegues... Yo te juro que jamás volveré á hablarte de esto; que mis ojos no te lo dirán tampoco nunca, que antes de manchar sus canas...

ISOLINA

Concluye, no me martirices,

PEDRO

Pero dime, Isolina, que sin ese deber que nos separa...

ISOLINA

¡Oh, Pedro... no eres generoso!

PEDRO

Dímelo...

ISOLINA

¡Pedro!...

PEDRO

Una sola palabra: mi salvación, mi fuerza para el sacrificio... Una sola palabra, Isolina...

ISOLINA

Con voz honda, con los brazos rígidos á lo largo del cuerpo.

Y bien... Sí.

JUAN ANTONIO ha aparecido hace un instante en la puerta del laboratorio. Al oir la última palabra de ISOLINA, la sacudida de su cuerpo es tal, que delata su presencia.

ISOLINA

¡Juan Antonio!

PEDRO

¡Oh!...

ISOLINA

Pero... ¿Lloras?... ¿Estás llorando?

JUAN ANTONIO

Queriendo en vano velar con una sonrisa la infinita angustia de su rostro.

No, no... Si no lloro... Si es que me puse á mirar al Sol así, frente á frente, y...

No puede más, y aunque ISOLINA y PEDRO corren al verlo apoyarse en el muro no llegan á tiempo para recoger el pobre cuerpo, que se desploma.

TELÓN

ACTO TERCERO

En el despacho de JUAN ANTONIO. Una gran mesa de trabajo con dos carpetas. Un sillón y una silla á cada lado de la mesa, respectivamente.

Puertas al fondo y á la derecha; una es la de la alcoba y la otra se abre sobre un pasillo. Es de noche, y sobre la mesa una sola lámpara alumbra toda la habitación.

JUAN ANTONIO está solo, sentado ante la mesa; uno de sus brazos aparece aún desnudo, y la jeringuilla hipodérmica acaba de hacer en él una inyección... Luego guarda la jeringuilla, bajo la manga de la chaqueta, y apoyando los codos en la mesa y el rostro en las manos, queda absorto. FRANCISCO entra, y tiene que llamarlo dos veces para apartarlo de sus pensamientos.

FRANCISCO

Juan Antonio...

Más alto:

¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO

Ah... ¿Eres tú, Francisco?

FRANCISCO

No te molesto, ¿eh?

JUAN ANTONIO

Al contrario... Quédate.

Pequeño silencio.

FRANCISCO

Hubo carta de Camilo... También él desaprobaba el viaje de Pedro, pero al fin parece que se ha convencido... Le manda algo de dinero, una miseria... Pedro dice que quiere irse mañana.

Indiferente:

Ah, sí ..

FRANCISCO

Pero, ¿qué te pasa?... En los quince días que estuvo Camilo con nosotros no me atreví á preguntarte... Tú fingías una gran calma y yo no quería decirte: "Aquí hay comedia, Juan Antonio", teniendo en cuenta que no te conviene disgustarte .. Luego de irse Camilo debí hablarte claro, pero... Te noto extraño: esos desmayos de todos los días, esa apariencia de calma me dan miedo.

JUAN ANTONIO

Has hecho muy bien... Sólo que no hay comedia; esa calma es verdadera, es reflexiva... ¡Y tanto!

FRANCISCO

Si me hablas con medias palabras, estoy perdido. Permíteme una pregunta y prométeme una respuesta terminante.

JUAN ANTONIO

A ver.

FRANCISCO

Tú tienes un disgusto... Un disgusto cualquiera... No te pregunto la causa.

JUAN ANTONIO

Bien, tengo un disgusto.

FRANCISCO

Una pena, ¿no es eso?... No un disgusto general sin motivo directo... No cosa del cerebro, sino del corazón... Una herida.

JUAN ANTONIO

Vas á tientas como un ciego que temiera hacer daño... y eres capcioso como un mal juez... Sí, tengo una herida. Pero tú buscas una acusación y yo no puedo acusar á nadie... La mano que me ha herido es inocente.

FRANCISCO

Y cruel...

JUAN ANTONIO

No puede haber crueldad en lo que no puede evitarse... Por eso el Destino no es cruel, Francisco... Bah, hablemos de otra cosa... ¿Cuánto le ha mandado Camilo á Pedro para el viaje?

FRANCISCO

Cambia de conversación... ¿Qué me importa ahora á mí la tacañería de Camilo? ¿Qué me importa á mí el mundo entero, cuando te veo desmayándote cada día y encerrado en un silencio que no se merece tu hermano?... Háblame claro; nunca hubo secretos entre nosotros... ¿Qué hay?... ¿Qué pasa?

JUAN ANTONIO

Nada... nada.

FRANCISCO

Quieres decir... todo. Ya tenemos aquí el misterio. Se torció la vida... Iba demasiado bien... ¡Si al menos se pudiera hablar claro!

JUAN ANTONIO

No se puede...

FRANCISCO

¡Si me dejaran arreglar las cosas!...

JUAN ANTONIO

Te vuelves loco... Parece que deliras. Hay cosas que no tienen arreglo, Francisco... A mi edad no vale ya la pena de forzar las cosas... Tal vez la muerte está ya á mis puertas y...

FRANCISCO

¡Morir tú!... Tú no sabes de lo que yo soy capaz, Juan Antonio... Si te vuelvo á oir hablar de muerte, soy capaz de todo...

JUAN ANTONIO

¿Ves? Y tú pretendes que se te hable claro... No

se pueden cambiar cuatro palabras contigo acerca de mí, sin que te exaltes, sin que te conviertas en un erizo... Yo no soy inmortal, querido hermano... Ese es tu defecto, alguno habías de tener, y me llega al alma, Francisco... A veces tu solicitud para conmigo, me recuerda á mamá... Y hay momentos, así, como ahora, sin que pase nada de extraordinario, en que deseo darte un abrazo muy fuerte... Así.

Se abrazan enternecidos. FRANCISCO tiene de pronto una sospecha oscura y terrible, y, sin deshacer el abrazo se separa de su hermano para interrogarlo, queriendo descifrar la verdad en el fondo de sus ojos.

FRANCISCO

Tú tienes un secreto, tú tramas algo.. Desde el día en que te dió el primer vahido, —¿te acuerdas? —, el mismo día que llegó Camilo, eres otro. . Ese trabajo febril, cuando el doctor Reyes te aconseja reposo; ese escribir y escribir cosas que escondes cuando llega alguien... ¿Crees que no te observo? Es necesario que hoy te abras á mí, Juan Antonio... Ese mismo viaje de Pedro que has consentido sin protestas...

JUAN ANTONIO

Pedro no se irá...

FRANCISCO

¿Que no se irá?

JUAN ANTONIO

Queriendo recoger su frase:

No se irá... tan pronto... No te asustes... Hoy le rogaré que aplace el viaje unos cuantos días, hasta que hayamos concluído los trabajos que empezamos juntos... Por eso me afano.

FRANCISCO

No, más vale que Pedro se vaya en seguida, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

¿Qué significan tus palabras?... ¿Tú también hablas por enigmas?... ¿Ves cómo no se puede hablar claro?... Dí, ¿qué sabes? ¿Qué sospechas?... ¿Qué has visto?

FRANCISCO

Nada; te lo aseguro. Si hubiera sabido que ibas á exaltarte... Ya hablaremos claro más tarde, cuando ése se haya ido y tus desmayos diarios te hayan dejado en paz... Tú sabes que cuando te veo su-

frir, pierdo el tino y no sé lo que me digo; tú sabes... ¡Y nunca te he visto sufrir como ahora!...

JUAN ANTONIO

Bien, bien querido hermano... Anda, ve á respirar un poco; el aire te hará bien...

FRANCISCO

Sí...

Francisco va á salir. Cuando ya está en la puerta Juan Antonio, en tono natural, para no descubrir su emoción, lo llama.

JUAN ANTONIO

Oye, Francisco...

FRANCISCO

¿Qué?...

JUAN ANTONIO

Dame otro abrazo antes de irte...

Se abrazan estrechamente, y gruesas lágrimas silenciosas dan al abrazo la solemnidad de un adiós. Entra Isolina.

ISOLINA

¿Cómo estás?... No te conviene emocionarte... Mira, Francisco, si sigues así soy capaz de no dejarte entrar más á verlo; con tus cosas le haces perder la tranquilidad que le hace tanta falta.

FRANCISCO

Hosco:

Ya me voy... Tienes razón; soy yo quien le hago perder su serenidad... Ya me voy...

FRANCISCO sale por el fondo.

JUAN ANTONIO

Siéntate, nenita; quiero que hablemos.

ISOLINA

No eres razonable... Hoy te han dado dos desmayos en vez de uno por no ser razonable... ¿Tomaste la estricnina?

JUAN ANTONIO

Sí, acabo de ponerme una inyección... Déjame hablar. Debemos aprovechar el tiempo.

ISOLINA

Si hablaras sin emocionarte...

JUAN ANTONIO

Es el poco de corazón que aún me queda, hija... ¡Al fin del camino me he vuelto sentimental!... En el fondo siempre lo fuí.. Tú pareces menos que yo...

ISOLINA

¿Yo?...

JUAN ANTONIO

Pedro debe marcharse mañana, y tú estás como si tal cosa... Se diría que lo ves marchar con alegría.

ISOLINA

Aparentando ligereza de tono:

Claro... Como que creo que para Pedro es conveniente ampliar sus estudios, orear su inteligencia... No vale la pena de entristecerse; no va á cruzar el mar como un emigrante.

JUAN ANTONIO

Es verdad; no es á él á quien hay que compadecer: es á mí.

ISOLINA

A ti, ¿por qué?

JUAN ANTONIO

Porque se me iba... se me va el discípulo predilecto... Me había acostumbrado á trabajar con él. Ibamos al unísono en las cuestiones de la ciencia.. Yo le había inculcado mis ideas, mis conclusiones, y él, con una fidelidad perfecta, las llevaba más lejos... Algunas verdades las habíamos encontrado juntos... En fin, no se renuncia á todo eso de un golpe...

ISOLINA

Me da pena oirte... Parece que yo no soy nada.

JUAN ANTONIO

Es cierto... No te nombro, y sin embargo tú eres todo... Es como cuando se habla del organismo: se nombra el corazón, el cerebro, las vísceras .. y casi nunca se nombra la fuerza invisible sin la cual

corazón, vísceras y cerebro son carne muerta... Tú eres para mí esa fuerza, Isolina... Al faltarme tú, yo soy carne muerta también.

ISOLINA

Yo no puedo ni quiero faltarte, Juan Antonio... Mis estudios, mi vida, mi carrera, son la misma cosa: quererte, quererte, quererte. Te quiero con todos los cariños posibles...

JUAN ANTONIO

Sí, nenita... Hablamos, hablamos, y no te digo lo que quiero decirte.

ISOLINA

Si se va Pedro te quedo yo, te queda Francisco...

JUAN ANTONIO

Pero Francisco es viejo como yo... Y Pedro era la juventud... En una casa es necesaria la juventud siempre...

ISOLINA

¿Y no soy yo joven?... No te comprendo.

JUAN ANTONIO

.. Y si yo me moría... al yo morirme...

ISOLINA

¡Oh, no quiero que digas!...

JUAN ANTONIO

Sin casi interrumpir la frase:

"...estando aquí Pedro...

ISOLINA

¡Oh Juan Antonio, Juan Antonio!.. No me digas eso... Tú siempre has sido bueno conmigo. .

Hay una pausa.

JUAN ANTONIO

Eso es lo que deseo ser hasta el fin, nenita, mi nenita... bueno contigo. . No veas en ninguna de mis palabras un reproche... Quiero decirte que las fuerzas se transmiten . Camilo me dijo un día que sus hijos debían ser mis continuadores.. ¡Quién iba á pensar!...

Recogiendo la frase de ISOLINA con severa bondad.

Yo no apruebo los sacrificios estériles, Isolina... Sería una cobardía sin nombre, caer en eso al fin de una vida de trabajo y de luz. Cuando yo muera...

ISOLINA

¡No hables de morir!... No quiero, no quiero. .

JUAN ANTONIO

Sí, al contrario, debemos hablar... Yo se que sólo estamos familiarizados con el nombre de la muerte, pero que ella, la verdadera, nos sorprende cada vez que tiende su hoz cerca de nosotros... Con Francisco, el pobre, no puede hablarse de estas cosas... Él debió ser el que me oyese para evitarte este dolor; pero...

ISOLINA

No, no...

JUAN ANTONIO

La muerte, cuando se lleva á un viejo, es que deja paso á la vida... La muerte es repugnante y cruel cuando malogra, cuando troncha... Yo tengo sesenta y cinco años y no sirvo de nada.

ISOLINA

Sirves á la humanidad y eres mi sostén.

JUAN ANTONIO

Admitido... Pero en la marcha del mundo toda fuerza necesaria es sustituída; para un pobre viejo estudioso que se va, surgen diez jóvenes de talento que lo sobrepujan... No es la ciencia ni la humanidad quienes me preocupan: eres tú...

ISOLINA

¿Quieres callar?... No eres bueno conmigo si me haces sufrir...

JUAN ANTONIO

Tú has dicho antes que me querías con todos los cariños posibles... Tú á mí no; tú no puedes de cierta manera. .

ISOLINA

No te entiendo, Juan Antonio. Escucha...

JUAN ANTONIO

Pero yo á ti sí... Es monstruoso, pero es cierto; yo puedo quererte con todos los cariños posibles y te he querido siempre así.

ISOLINA

Y sigues queriéndome...

JUAN ANTONIO

Y sigo queriéndote, Isolina... Pero á veces un cariño manda más que otro .. Ahora veo en ti lo que siempre debí haber visto: una hija. Estoy adolorido y contento, nenita... Y como á una hija, pretendí hablarte de mi muerte.

ISOLINA

Pero si el doctor Reyes asegura que con la estricnina podrás ponerte bueno del todo; si...

JUAN ANTONIO

Reyes es un pobre hombre... Todos los doctores somos unos pobres hombres, nenita... Mucha vanidad, porque sabemos los nombres de to-

das las ruedas del complicado reloj que es cada ser; pero la cuerda sigue siendo un secreto... Podemos impedir que el reloj atrase ó adelante; cuando la cuerda no impulsa más, el reloj se para, la vida se acaba irremediablemente.

ISOLINA

Sí, pero...

JUAN ANTONIO

Y mi corazón y mi cerebro están cansados. Eran ya máquinas viejas y yo les impuse el trabajo entusiasta de estos últimos tiempos. Además la felicidad agota como el perfume de ciertas flores; la voluptuosidad es una aliada de la muerte... ¡y yo he sido muy feliz contigo, Isolina!. .

ISOLINA

Yo no me consolaré nunca, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Eso dices hoy y sé que eres sincera... Pero te consolarás; el tiempo hace y deshace los dolores... Cuando tu dolor haya pasado, cuando vuelvas á desear y comprendas que te falta el complemento de tu vida...

ISOLINA

No, no... no.

JUAN ANTONIO

Entonces yo quiero que seas leal contigo misma, que te cases con un hombre bueno, digno, que pueda darte lo que yo te he dado y lo que yo no te he podido dar, nenita: la juventud... Sí, no digas que no sin saber lo que dices... Yo quiero premiar con esta súplica, con esta orden, la dulzura, con que has perfumado tu sacrificio... Tú has conseguido de tu corazón grandes victorias... Yo te he sentido luchar, temblando, y te he visto vencer contento...

ISOLINA

Yo no he tenido que luchar; tú eres todo para mí; tú lo sabes...

JUAN ANTONIO

Tu hermosura y tu bondad lo doraban todo, hasta mis sufrimientos, y muchas veces, como quien abandona los remos en un mar tranquilo, me he abandonado á la felicidad de quererte sin pensar en nada... sin temor, sin conciencia, fuera del tiempo... Han sido los días felices. ¿Quién puede arrebatármelos? Fueron, han existido... ¡no volverán!... Pero debo recompensarte por habérmelos dado.

ISOLINA

No quiero nada, nada, sino que tú vivas; morirme antes que tú... Yo no sé lo que haré si tú mueres... Entraré en un convento...

JUAN ANTONIO

No, no... Eso nunca... Odio, óyelo bien, la viudez eterna, el convento, cuanto significa vida estancada... ¡Ceniza... ceniza! Te mando que, al morir yo, te cases; que sepas lo que es el verdadero amor y lo que es la voluptuosidad con el hombre que por ley biológica te corresponde... Lo quiero, ¿me oyes bien?

ISOLINA

¡Es horrible!

JUAN ANTONIO

Yo soy un usurpador... ¿Qué he hecho de ti? ¿Qué normas sagradas he cumplido en ti? ¿Dónde están los hijos que tú, mujer fuerte, debiste dar al mundo?... ¡También yo soy ceniza y ojalá no lo hubiera nunca olvidado!

ISOLINA

Tú tienes algo. Me hablas de un modo extraño;

dices cosas que no comprendo, pero que me hacen temblar... Juan Antonio, no sufras por mí... Yo tengo la conciencia limpia...

JUAN ANTONIO

Soy yo el que no tiene limpia la conciencia. También me ha costado muchos sufrimientos alcanzar de mí esta victoria que me permite hablarte de este modo...

ISOLINA

Angustiada:

¿Entonces?...

JUAN ANTONIO

Veo que contigo no puedo llegar hasta el fondo de mi pensamiento; tú también eres débil como Francisco. Sin embargo... Sólo quiero que me prometas una cosa, que...

REMEDIOS entra por el fondo.

REMEDIOS

Ya sabía que estaría aquí .. Y nosotros allá abajo, esperándote. Lo primero que dice el doctor es que no lo hagáis fatigar, y como si nada .

JUAN ANTONIO

No fué de ella la culpa.

REMEDIOS

Si ya sé que tú eres tan chiquillo como ella.

Á ISOLINA:

Ea, vamos...

JUAN ANTONIO

No la riñas, te repito que he sido yo...

ISOLINA

Cuando tú quieras.

JUAN ANTONIO

Hacedme el favor de decirle á Pedro que suba un instante... Tengo que dejar concluídos con él ciertos detalles.

ISOLINA

Ya tendrás tiempo; descansa ahora un rato.

REMEDIOS

No, mujer... ¡Qué va á tener tiempo! Pedro se va por la mañana. Si no hablan ahora...

JUAN ANTONIO

Á ISOLINA.

Ven, dame un beso antes de irte... En la frente... Adiós.

REMEDIOS sale é ISOLINA la sigue. Antes de salir ISOLINA vuelve la cabeza y sonríe á JUAN ANTONIO... JUAN ANTONIO también sonríe, sonríe demasiado, y la sonrisa se llena de dolor. Cuando las dos se han ido, saca su reloj, y puesta una mano sobre el corazón, mira atentamente la esfera. Así pasa un minuto hasta que entra PEDRO.

PEDRO

¿Me llama usted?

JUAN ANTONIO

Sí, siéntate...

PEDRO va á sentarse en un sillón, y JUAN ANTONIO le indica la silla que está frente á la suya, al otro lado de la mesa de trabajo.

No, siéntate aquí, en tu sitio, como cuando trabajábamos juntos.

PEDRO obedece.

Así, Pedro... Tenemos que hablar francamente, como dos hombres.

PEDRO

Muy bien.

JUAN ANTONIO

He observado en ti un carácter recto y enérgico... Al mismo tiempo me parece que tienes esa ambición que es el germen de todo progreso .. En fin, que eres fuerte, que sabes desear, que sabes esperar... Guardas en la vida la misma serenidad que en el laboratorio... Así era yo... ¡Un hombre!... Podemos, pues, hablar de hombre á hombre, ¿no es eso?

PEDRO

Sí.

JUAN ANTONIO

Prepárate: no me hagas rectificar la buena idea que tengo de ti.

PEDRO

No.

JUAN ANTONIO

Tú estás enamorado de Isolina.

PEDRO

¿Yo?...

JUAN ANTONIO

Me debes la verdad.

PEDRO

Es...

JUAN ANTONIO

Sentiría una gran decepción al oirte mentir... ¡Yo no mentía á tu edad!

PEDRO

Es cierto... Yo estoy enamorado de ella... Por eso me voy... La idea de realizar ese amor, no la he tenido nunca.. Míreme usted bien. y verá que no miento... Usted sabe lo que es usted para mí: más que mi padre...

JUAN ANTONIO

Lo sé... Gracias... Isolina es hoy imposible para ti.

PEDRO

Si siquiera la hubiera deseado, me consideraría indigno de hablar con usted, tío Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Y... ¿si yo me muriera?

PEDRO

No... Tampoco... ¿Por qué me pregunta usted eso?... No está bien.

JUAN ANTONIO

No me niegues que esa idea ha pasado por tu imaginación, aun en contra de tu voluntad. Mi vejez la sugiere lógicamente.

PEDRO

Yo no le doy valor á esas ideas de las que somos irresponsables como de los sueños... No me hable usted más, tío; yo sé lo que el deber me impone.

JUAN ANTONIO

Establezcamos una hipótesis... Sí ó no, respuesta sincera como antes, Pedro: Si yo me muriera después de habértelo aconsejado, ¿te casarías tú con Isolina?

PEDRO

Sí... si ella me quisiera, si ella...

JUAN ANTONIO

Me das un placer... un dolor... Me reconozco en ti. Oye, no es una hipótesis: yo sí voy á morirme... Tal vez esta noche, tal vez al amanecer; siempre antes de que tú te hayas ido. ¿Me entiendes?

PEDRO

Levantándose:

¿Qué tiene usted?... ¿Se ha vuelto usted loco?

JUAN ANTONIO

No alces la voz... Siéntate... Es la verdad; no podía más... Lo tengo decidido desde hace tiempo... Tú sabes desde cuándo.

PEDRO

¿Suicidarse usted?

JUAN ANTONIO

Sí.

PEDRO

No es posible... Usted no puede decir eso de veras.

JUAN ANTONIO

Me obligas á entrar en explicaciones... Lo siento. Hubiera preferido hablar de eso fríamente, como de un caso clínico... Lo es después de todo: se trata de una extirpación... Tal vez el consejo de casarte con Isolina, te parezca poco calderoniano... No sé, creo encontrar en ti una comprensión más amplia del honor y del deber. Aquí, el hambre, el engaño, han sido siempre cosas para reir... ¿Qué importa? Yo me intereso por Isolina y por ti como un biólogo; en mi laboratorio, en toda mi carrera, ¿qué he hecho sino librar batallas por la vida? Y ahora que soy yo el obstáculo, la fuerza negativa, ¿voy á dudar?...

PEDRO

No. Verá usted: me parece que dice al mismo tiempo algo muy generoso, pero falso. Como conclusión filosófica me parece un absurdo.

JUAN ANTONIO

¿Por qué?

PEDRO

Por todo... En primer lugar hay en la vida algo

más que el amor. Viudo ó célibe, usted tendría la misma fuerza intelectual que ahora, y su labor sería igualmente preciosa y fecunda·

JUAN ANTONIO

No olvides que mi labor, mi verdadera labor, ha sido realizada en estos seis últimos años, como si sólo mi pobre amor le diera sustento.

PEDRO

Coincidencias... Los sabios como usted son padres de los demás hombres y no pueden desertar nunca... Hay que pagar á la Naturaleza el soplo de genio que se recibió de ella. En plena senectud física puede usted descubrir las mayores verdades... Los hombres como usted deben esperar hasta el fin de sus días trabajando; pueden morir, pero no matarse... Usted tiene investigaciones emprendidas...

JUAN ANTONIO

Nuestras investigaciones no abortarán si tú las sigues.

PEDRO

Tiene usted que seguir su órbita; que cumplir su fin.

JUAN ANTONIO

Mi fin ha llegado.

PEDRO

Usted no puede matarse como un pobre hombre; sería indigno.

JUAN ANTONIO

¡Como un pobre hombre he amado y he sufrido, Pedro!

Una pausa.

PEDRO

Soy yo... Yéndome yo, su vida se encauzará de nuevo.

JUAN ANTONIO

No... no eres tú, no es ella, no es nadie... Todos hemos cumplido con abnegación nuestro deber, y todos somos desgraciados. Sobre nosotros ha pasado un viento de fatalidad como en las tragedias antiguas.

PEDRO

Es terrible quererlo, venerarlo como yo, y pare-

cer su rival... Es estúpido, tío Juan Antonio... Perdóneme la franqueza de antes; debí mentirle... Yo me iré y no volveré nunca más.

JUAN ANTONIO

Tú no te irás, Pedro .. Tú ya me haces tanta falta como ella. Yo no podría ver ese sitio donde tú estás, vacío... En esta mesa hemos trabajado cuatro años juntos... Cuántas noches —¿te acuerdas? — ella venía á decirnos que era muy tarde, que lo dejáramos para el día siguiente... Tú y ella sois la juventud, ¡y yo estaba en medio de vosotros!... A mi edad se renuncia más fácilmente á la vida que á ciertos hábitos felices... Un momento pensé resistir, haceros creer que no sabía nada, pero no hubiera tenido fuerzas para soportar tanto... Te repito que he sufrido como un pobre hombre, Pedro.

PEDRO

¡Pobre tío Juan Antonio!

JUAN ANTONIO

Me compadeces...

PEDRO

¡Malditas palabras las de aquel día!

JUAN ANTONIO

Mira si estaba ciego, qué necesité oirlas para comprender lo que pasaba... ¡Qué horror!... Desde el primer momento luché entre el rubor del espionaje y el ansia de saber... Cuando tú le preguntaste si te habría querido de no existir el obstáculo, yo; cuando oí que toda mi dicha dependía de una sola respuesta, quise entrar corriendo para impedirla, pero mis piernas me tenían clavado, y cuando pude entrar, ya el *sí* de Isolina había sonado como un cataclismo en mis oídos .. De pronto, como un pobre hombre, sentí rabia, ideas de venganza, y quise haceros comprender que había oído.. Después caí como muerto... Yo creí que moría de verdad, pero ¿qué?, desde aquel instante, ¿qué soy si no un muerto?

PEDRO

¿Nos perdona usted?... ¿Me perdona usted, tío Juan Antonio?...

JUAN ANTONIO

Más que perdonaros... Trabajo me ha costado llegar á la cumbre de serenidad en que me encuentro ahora; la subida era dura y estaba empedrada de prejuicios y de malos instintos... No quiero vivir de vuestro sacrificio.

PEDRO

No, no...

JUAN ANTONIO

Harto caro he pagado el olvidar una vez mis canas... Me sentí joven por dentro y olvidé que en amor no hay otra juventud que la juventud física... Fuí caprichoso, sensual... Os debí parecer un viejo ridículo... Me avergüenzan estas confesiones...

PEDRO

Usted nunca...

JUAN ANTONIO

En fin, oye lo único que debía haberte dicho, y óyelo con serenidad, como yo voy á decírtelo: quiero morir, al menos, con la muerte del sabio .. En estos tiempos parece un poco difícil; pero los hombres han sido siempre grandes y pequeños, y no vamos á creer que Sócrates y Séneca fueron privilegios de la antigüedad. ¿Puedo contar contigo, Pedro?

PEDRO

No lo entiendo... Lo que usted dice es imposible. Yo no puedo consentirlo, yo no puedo ser cómplice, yo...

JUAN ANTONIO

Oye...

PEDRO

Por cariño, por deber, tío Juan Antonio, yo he de impedir esa locura... Usted no sólo se debe á nosotros y á la ciencia... Usted, cree; yo sé que usted cree, ¿verdad?

JUAN ANTONIO

Sí... Mientras más he ahondado en la Ciencia, más claramente he sentido esa fuerza creadora que llamamos Dios... También he pensado en la posibilidad de afrontarlo para rendirle cuentas... Y de todos modos, me decidí, ya ves... Un viejo que se suicida, es un hombre que no tiene la paciencia de esperar unos cuantos días, unos cuantos meses á lo más .. A mi edad hay ya el derecho de no ser valeroso. Yo no quiero exponerme á traicionar en unos años de pasión senil, todas mis ideas, toda mi vida .. Te repito que cuento contigo: debes ser fuerte.

PEDRO

Por fuerte que sea y precisamente por serlo, no puedo aceptar esa complicidad. Si no puedo convencerlo, llamaré, gritaré...

JUAN ANTONIO

Espera... Te digo que esperes... Ten en cuenta que ya es tarde para todo, que ya ni la convicción ni los gritos podrían detener el veneno que llevo en mí...

PEDRO

Aterrorizado:

¿Qué dice usted?

JUAN ANTONIO

Que ya es tarde, Pedro...

PEDRO

¡Oh!...

JUAN ANTONIO

Conociendo tu cariño, y el instinto profesional por defender la vida, no he querido hablarte hasta que ya todo estuviera hecho.

PEDRO

Pero ¿es verdad?... ¿Ha hecho usted eso, tío Juan Antonio?

JUAN ANTONIO

Lo he hecho lentamente, fríamente, sabiamente, como me correspondía... Estudié la mejor forma para suprimir el dolor y evitar todo embrutecimiento vergonzoso... Desde aquel desmayo me estoy medicinando al revés; estricnina, decía Reyes, para estimular el corazón débil ó perezoso... Digitalina me inyectaba yo para irlo depauperando más...

PEDRO

¡Oh, qué crimen!...

JUAN ANTONIO

Y hoy, cuando llegó el momento de operar, el veneno, que no deja rastro, habrá encontrado el corazón dispuesto á entregarse... Yo no creía tener fuerzas para hablarte tanto... Ya ves, me fatigo .. Este esfuerzo también me ayuda...

PEDRO

Levantándose.

No... Hay contravenenos. Llamaré...

JUAN ANTONIO

Deteniéndolo por un brazo, con visible esfuerzo:

No, no...

PEDRO

¡Déjeme!...

JUAN ANTONIO

Ve entonces... Grita, arroja sobre mi cadáver el ridículo y el escándalo... Que tu maestro, que tu padre, como me llamaste, sea enterrado entre chismes de porteras... Ve, ve...

PEDRO

¡Oh!...

JUAN ANTONIO

Esa es la complicidad que quiero de ti. Te lo mando; me debes obediencia.

Saca del cajón de la mesa un gran sobre lacrado.

Mira: como no creí poder decirte todo, te he escrito largamente. Pude elegir á Francisco á tu padre ó á Reyes para ejecutar mi voluntad, y te he

elegido á ti. Hay dos sobres: uno público, con mi testamento, y con la orden—manías dirán—, para que mi cadáver no sea embalsamado: así evitaremos toda indiscreción: El forense conoce mi enfermedad, y no pondrá inconvenientes... Hay otro sobre para ti y para Isolina... Cuando pase tiempo, un año, lo que creáis justo, lo abrís, leeis... y cumplís mis órdenes... Júrame que nadie sabrá nunca...

PEDRO

¡Tío Juan Antonio!...

JUAN ANTONIO

Júramelo .. ¡Maldito seas si traicionas la fe que he puesto en ti! Te lego mi nombre, que es sagrado... y no has de escarnecerlo con una cobardía...

PEDRO

No, no... Se lo juro.

JUAN ANTONIO

Te lego también el bien mayor que he tenido en la vida... Cúidala, hazla feliz, como merece... Oye: si más allá el espíritu sobrevive y tiene conciencia

y tiene voluntad, y puede volver... yo volveré; yo estaré dentro de ti, Pedro... Serás mi verdadero continuador y darás á mi espíritu el supremo goce de seguirla poseyendo en tu cuerpo joven...

Desfalleciendo:

Déjame reposar un instante... He hablado mucho; antes hablé también con ella.

JUAN ANTONIO inclina la cabeza y respira fatigosamente. PEDRO habla con desesperación profunda.

PEDRO

¡De modo que dentro de poco esa voz que me habla se habrá callado para siempre, esos ojos que me miran, no mirarán más! ¡Ha destruído usted lo que la Naturaleza, lo que Dios...—yo también creo, tío Juan Antonio—, lo que Dios forma sólo de tarde en tarde, á costa de millones de hombres mediocres, ejemplares abortados del hombre de genio!...

JUAN ANTONIO tiene un largo temblor PEDRO va á socorrerlo acongojado:

¡Tío! ¿Se siente usted morir?... ¡Tío, dígame el nombre del veneno!... ¡Tío!

JUAN ANTONIO

Psch... No grites... Llama á Isolina... Obedece... Quiero que seáis vosotros dos los que me llevéis á

la alcoba... Yo no podría ir ya: siento como si mis pies acabaran de morirse.

PEDRO va á la puerta y llama con voz alterada por la emoción.

PEDRO

¡¡Isolina!!

JUAN ANTONIO

En voz natural, Pedro... Sé hombre.

PEDRO

¡¡Isolina!! ¡¡Isolina!!

JUAN ANTONIO

Tengo tu juramento.

ISOLINA aparece en la puerta del fondo.

ISOLINA

¿Qué pasa?... ¡Juan Antonio! ¿Estás mal, Juan Antonio?... ¡Oh!...

PEDRO

Ven...

JUAN ANTONIO

Nada... No te asustes... Necesito... Que me siento débil, que no puedo andar bien y quiero acostarme... Nada, en resumen, ¿verdad, Pedro?

PEDRO

Sí...

JUAN ANTONIO

Ayudadme á ir entre los dos.

ISOLINA

Pero estás pálido... Hay que llamar á Reyes. Tú estás peor, Juan Antonio...

JUAN ANTONIO

No, no te asustes, nenita...

ISOLINA

Sí...

JUAN ANTONIO

Llevadme... Pasad vuestros brazos por la espalda... Bien...

ISOLINA

¿Pero qué te sientes?... Dí...

PEDRO

¿Qué se siente usted?

ISOLINA

¡Si no puede hablar, Pedro!...

PEDRO

Vamos... Ayúdame...

ISOLINA

¡Si ya no puede hablar!...

Lo alzan trabajosamente del sillón. Ya JUAN ANTONIO no puede responderles: sus ojos se han vidriado y una espuma ligera cubre sus labios, que comienzan a amoratarse. En un último ademán enlaza con sus brazos á PEDRO é ISOLINA, quienes cruzan los suyos tras de la espalda del agonizante para sostenerlo mejor. Y así van hacia el fondo, en una marcha lenta que dura un largo minuto... Cerca de la puerta de la alcoba, el cuerpo tiene un temblor y se abandona; la

cabeza cae sobre un hombro y luego sobre el pecho, para no volver á erguirse nunca. ISOLINA lanza un grito trágico, y PEDRO, casi solo, tiene que depositar en uno de los sillones el cuerpo sin vida.

ISOLINA

¡Juan Antonio!

PEDRO

¡No le sueltes!...

ISOLINA

¡Está frío!

Corriendo hacia una de las puertas.

¡Mamá!... ¡Mamá! ¡¡Mamá!!

PEDRO

Calla...

ISOLINA

¡¡Mamá!!... ¡¡Mamá!!

REMEDIOS y FRANCISCO acuden á los gritos. JUAN aparece también, un momento después, en el marco de la puerta del fondo.

FRANCISCO

¡Juan Antonio!

REMEDIOS

¡Hija!...

FRANCISCO

Arrodillado junto al cuerpo de su hermano:

¡Juan Antonio... Háblame, Juan Antonio!... Soy yo, Francisco... Háblame.

REMEDIOS

Está yerto... El corazón...

PEDRO

Su gran corazón no latirá más...

FRANCISCO

No, mentira... Es sólo un ataque... Despierta, Juan Antonio... Soy yo...

REMEDIOS

Ya empieza á ponerse rígido...

FRANCISCO

A Isolina y á Pedro:

¿Qué habéis hecho?...

A Remedios.

¡Me lo han matado!... ¡Tuya es la culpa!... ¡¡Juan Antonio!!

REMEDIOS

¡Francisco!...

ISOLINA

¡Oh, mamá, mamá!...

PEDRO

Callad; no es hora de reproches...

FRANCISCO

Tú también...

PEDRO

Callad... Hablo en nombre suyo, es él quien lo manda... Soy como si él mismo hablara en mí.

FRANCISCO

No...

REMEDIOS

Recemos por él.

FRANCISCO

¡Juan Antonio, Juan Antonio.. hermano!...

PEDRO

De rodillas todos. El creía; yo sé que su alma agradecerá esta oración.

FRANCISCO

¡Oh, Juan Antonio!...

PEDRO

Silencio... Responded: yo rezo... Ahora me acuerdo que sé rezar:.. "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre"...

Todos han caído de rodillas entre hondos sollozos, como si, en efecto, algo del espíritu de JUAN ATONIO estuviera ya en PEDRO y le diera su autoridad. FRANCISCO llora inconsolablemente, y responde con todos á la plegaria de PEDRO, mientras cae, lentamente, el telón.

FIN

3 PESETAS

IMPRENTA PUEYO